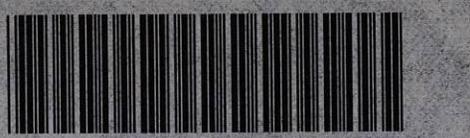




PALACIO  
MIS  
VERSOS

PQ7297  
• R46  
M5

ENCUADERNACION  
IMPRESA Y  
LITOGRAFIA  
**LA EUROPEA**  
DES PACHO  
STA. CLARA N° 15  
TALLERES 26 CALLE ANCHA 314  
MEXICO  
Núm. 5119



1020100410

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. A.



Alfonso Reyes.

2786

EX LIBRIS <sup>R</sup> 3 E5  
MANUEL ROMERO  
DE TERREROS VINENT.

MIS VERSOS

RIVA PALACIO, *Vicente.*

---

# MIS VERSOS

ILUSTRACIONES DE

TOMÁS MARTÍN

---

MADRID  
M DCCC XC III

1893

17091

V-2-242

PQ 7297

.R46

M5

ES PROPIEDAD

---

MADRID, 1893.—Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra.  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

Taller de fotograbado de LAPORTA.

ESTROFAS

2393

2393



#### A MI MADRE

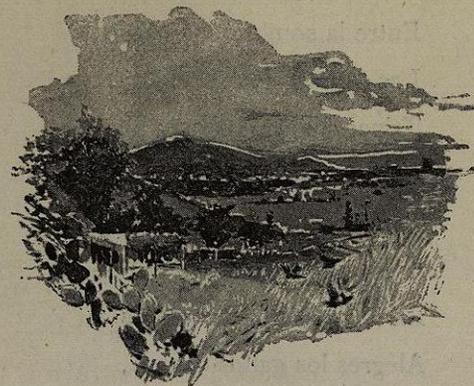
¡Oh! cuán lejos están aquellos días  
En que cantando, alegre y plentera,  
Jugando con mi negra cabellera,  
En tu blando regazo me dormías.

Con qué grato embeleso recogías  
La balbuciente frase pasajera,  
Que por ser de mis labios la primera,  
Con maternal orgullo repetías.

Hoy que de la vejez con el quebranto,  
Mi barba se desata en blanco armiño,  
Y contemplo la vida sin encanto;

Al recordar tu celestial cariño,  
De mis cansados ojos brota llanto,  
Porque pensando en ti, me siento niño.

1884.



## EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece: el horizonte  
Dibuja pálida faja,  
Orla del manto nocturno,  
Diadema de la alborada.  
En Oriente las estrellas  
Palidecen y se apagan,  
Y sopla el viento más frío  
Anunciando la mañana.

Entre la sombra que cubre  
Las espesas enramadas,  
Trinan los *madrugadores*,  
Y sus aromas exhalan  
El *oyamel* y el *ocote*,  
Los cedros y las lianas.  
En los ranchos silenciosos  
Alegres los gallos cantan,  
Que ya ilumina el paisaje  
Incierta la luz del alba.  
Ya se oyen desde los prados  
El tañir de la campana  
Y el balido de la oveja  
Y el mugido de las vacas.  
Cruzan de tordos parleros  
Negras revueltas parvadas,  
Que descienden de los bosques  
Sobre la fresca labranza.  
Divísanse los senderos  
Que suben por la montaña,

Relucientes y sembrados  
De pura y brillante escarcha.  
De azul se tiñen los cielos,  
Las nubecillas de grana,  
Ostentando la llanura  
Sus alfombras de esmeralda.  
Los vapores de la noche  
Huyen como nube blanca,  
Hasta posarse en las crestas  
Ó morir entre las ramas.  
Despiden los *jacalitos*  
Columnas de humo azuladas,  
Y el canto de los *rancheros*  
Que al trabajo se preparan,  
Se mezcla confusamente  
Con el rumor que se alza  
Cuando después de la aurora  
Vivífico el sol derrama  
Sobre el mundo que despierta  
Su luz esplendente y clara.



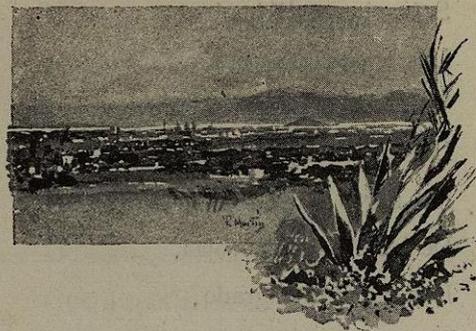
## EL MEDIODÍA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano  
Lanza torrentes de fuego,  
Y sus ondas luminosas  
Aduermen al manso viento.  
De aquella calma profunda  
Sólo interrumpe el silencio  
El ronco mar que sus aguas  
Azota estruendoso y fiero,

De los apartados morros  
Contra los peñascos negros,  
Que ya se cubren de espuma  
Y ya aparecen enhiestos.  
Ni un barco sobre las olas,  
Ni una nube sobre el cielo:  
Parece el cielo un abismo,  
Parece el mar un desierto.  
Lánguidas cuelgan las hojas  
Del altivo cocotero,  
Lánguidas flotan las palmas  
Del *cayaco* gigantesco;  
Fuego circula en el aire  
Y el azul del firmamento,  
Como de flotantes llamas  
Envuelve rojizo velo;  
Sobre las ondas del río  
Se inclina el mangle soberbio,  
Y buscando grata sombra  
Calla el *zanate* parlero.

Al abrigo de la hierba  
Los esmaltados insectos  
Enmudecen, respetando  
El silencioso misterio.  
Duerme la verdosa iguana  
Sobre un tronco de árbol seco,  
Duerme el caimán perezoso  
Á la orilla del estero.  
Los loros y guacamayos  
Se agrupan bajo los cedros,  
Inmóviles, mientras llega  
El terral húmedo y fresco.  
Huye el *guaco* á la cañada,  
Y el tigre con paso incierto  
Sigue el rumor del arroyo  
Que sale á buscar sediento.  
Terrible es aquella calma,  
Pavoroso aquel silencio,  
Que sólo el mar interrumpe  
Con su monótono estruendo.



## LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día  
Y el sol poniente colora  
Las nieves del *Ixtacihuatl*  
Con los tintes de la rosa.  
En un cielo de turquesa  
Ligeros crespones flotan,  
Nubes de púrpura y grana  
Que oro mienten con sus orlas.

Sobre los tendidos lagos  
Las brisas murmuradoras  
Van recogiendo el perfume  
De las frescas amapolas,  
Del mirto y del *zempazuchil*,  
De las clavellinas rojas,  
Del *cacomite* atigrado,  
De la azucena olorosa.  
En grato vaivén se agitan  
Los *tulares* si les toca  
El aliento de la tarde  
Que va impregnado de aromas.  
Las flores en las *chinampas*  
Inclinan ya sus corolas,  
Y el mirasol languidece  
De la tarde con la sombra.  
Forman alegre concierto  
Los gorriones, en las hojas  
De fresnos y *capulines*,  
En cuyas ramas se posan.

El vuelo tienden las garzas  
Buscando la selva umbrosa,  
Y al abrigo de las trojes  
Retíranse las palomas.  
Se oye el rumor á lo lejos  
De las reses mugidoras  
Que llegan á los establos  
Ó á los potreros retornan.  
Por el lago transparente  
Cruzan pesadas canoas  
Ó *chalupas* que ligeras  
Mueven apenas las olas.  
Sembrado se mira el valle  
De haciendas, pueblos y chozas,  
Y en medio de ese conjunto  
México que se corona  
Con cien torres que reflejan  
Esa luz que seductora  
Las nieves del *Ixtacihuatl*  
Tiñe de carmín y rosa.

## LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA)

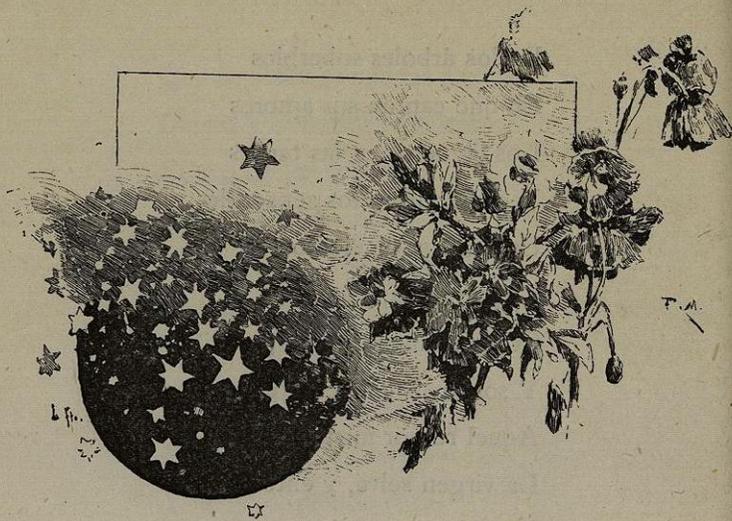
LA noche envuelve á la tierra  
Con sus negros pabellones,  
Y en el espacio infinito  
Brillan miriadas de soles.  
Espléndida se levanta  
La luna en el horizonte,  
Y vaporosos celajes  
Sus blancas luces recogen.  
No es la imagen de la muerte  
Dentro las selvas la noche,



Que se alzan por todas partes  
Dulces y extraños rumores.  
El eco de los torrentes  
Viene de lejano bosque,  
Mientras al brillar la luna  
Cantan, sin saberse en dónde,  
Pájaros desconocidos,  
Desconocidas canciones.  
Se oye crujir la maleza  
Y luego el pesado roce  
De los tigres que en la loma  
Cruzan *pujando* feroces.  
Aullan en las cañadas  
Los lobos y los *coyotes*,  
Y brillan entre la hierba  
Mil insectos zumbadores,  
Que como estrellas perdidas,  
Fosforescentes, veloces,  
Tan pronto surcan la tierra  
Como en las hojas se esconden

De los árboles soberbios  
En que cantan sus amores  
Los jilgueros en las tardes  
Y en la aurora los zenzontles.  
Una ráfaga de viento  
Llega rápida, y se oye  
Crujir el añoso tronco,  
Y sordo luego, recorre  
Aquel rumor misterioso  
La virgen selva, y entonces  
Se interrumpen de repente  
Todos los otros rumores,  
Porque el ángel de las sombras  
Cruzando va por el bosque.

México, 1869.



## LA VEJEZ

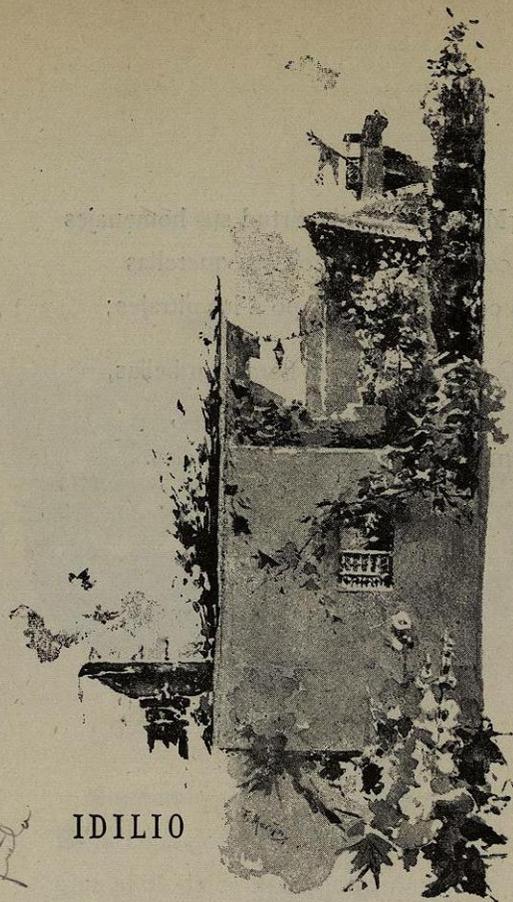
Mienten los que nos dicen que la vida,  
Es la copa dorada y engañosa,  
Que si de dulce néctar se rebosa,  
Ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es en la juventud, senda florida,  
Y, en la vejez, pendiente, que escabrosa  
Va recorriendo el alma, congojosa,  
Sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes  
El corazón rindió, con sus querellas  
No contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas,  
Como tiene la tarde sus celajes,  
Como tiene la noche sus estrellas.





*Maria Emilia Fila*

## IDILIO

Una casita  
Sobre una alfombra  
De blancas flores y verde grama,  
Donde recuestan su fresca sombra  
Los arrayanes y la retama.

Entre las juncias

Y carrizales

Un arroyito que corre puro,  
Acariciando con sus cristales  
La madreelva que escala el muro.

Blancas ovejas

Sobre las lomas,

Tordos parleros por los sembrados,  
Y en dulce arrullo blancas palomas  
En los aleros de los tejados.

Cabe las puertas

Y en las ventanas,

De roja hiedra fresca cortina,  
Y por los patios cruzando ufana  
En raudo vuelo la golondrina.

Entre los fresnos

Aves cantando,

Junto al estanque lirios y rosas,

Y por las flores, ledas buscando  
El dulce néctar las mariposas.

Y tú á la sombra.

Cerca del río,

El verde musgo por blando lecho,  
La trova oyendo que el pecho mío  
Manda á que more dentro tu pecho;

Y allí pintando

Mi amor ardiente,

Y contemplando tus bellos ojos,  
Húmedos besos sobre mi frente  
Pondrán temblando tus labios rojos.



LA  
SIESTA

---

Aquí, bajo' la copa  
Flotante del palmero,  
Que altiva se dibuja  
Sobre el espacio azul,  
Á orillas de las aguas  
Tranquilas del estero  
Y cerca de las ondas  
Del mar que ruge fiero,  
Aguardo en nuestra hamaca,  
Hasta que llegues tú.

*Atmósfera*

Te espero, ven, señora;  
Pasó de la mañana  
La brisa fugitiva,  
Y el sol abrasador  
Marchita la azucena  
Que se columpia ufana,  
Y del gigante cedro  
La cariñosa liana  
Afloja desmayada  
Los nudos del amor.

Se ocultan en el bosque  
Los tímidos faisanes,  
Y en las fangosas grutas  
Del tétrico manglar,  
Entre los verdes tules  
Se aduermen los caímanes,  
Los tristes alcatraces  
Sin miedo de huracanes  
Escuchan en las rocas  
Los tumbos de la mar.

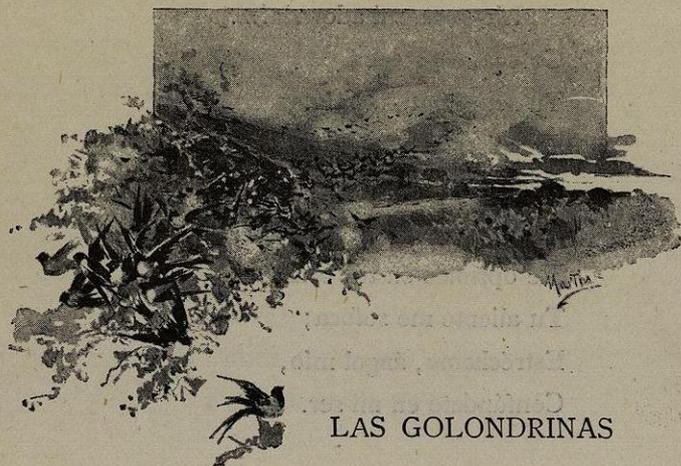
No se oye de las aves  
La cántiga sencilla,  
No cruza la gaviota  
El cielo de zafir;  
Ninguna nave surca  
Las aguas con su quilla,  
Y llegan presurosas  
Hasta tocar la orilla  
Las olas que en espuma  
Se tornan al morir.

Silencio majestuoso  
Que guarda los amores.  
Señora, ven, te espero,  
Acércate, mi bien;  
Te envolverán los gratos  
Perfumes de las flores,  
Y miraré en tus ojos  
Brillantes, seductores,  
Espléndida irradiando  
La llama del placer.

De mirtos y azucenas  
Tejida una guirnalda,  
Tu negra cabellera  
Con ella ceñiré;  
Sus flores desprendidas  
Sobre tu fresca espalda  
Dejando irán sus besos,  
Hasta tocar la falda  
Donde el encanto asoma  
De tu desnudo pie.

Podré, como otras veces,  
En tu agitado seno  
Tranquilo mi cabeza  
Ardiente reposar,  
Sintiendo cuál se mueve  
Con tu alentar sereno;  
Y de placer y amores  
Y de ternura lleno,  
Sobre tus blandas manos  
Mis labios estampar.

¿Llegaste, mi adorada?...  
Coloca, sí, coloca  
Tu seno junto al mío.  
¿Suspiras de placer?  
Tus labios seductores  
Sellando están mi boca,  
Me oprimes en tus brazos,  
Tu aliento me sofoca;  
Estréchame, ángel mío,  
Confúndete en mi ser.



### LAS GOLONDRINAS

¿Has visto cómo viene la parlera  
Banda de golondrinas bulliciosa,  
Cuando en el valle y la floresta umbrosa  
Tiende sus galas rica primavera?

¿Y no has visto después cómo ligera,  
En busca de otra tierra, presurosa  
Huye la banda tímida y medrosa  
Al sentir del invierno la carrera?

Así también, la turba cortesana  
Llega, de su impudor haciendo alarde,  
De la fortuna á la primer mañana;

Pero se alzan las sombras de la tarde,  
Ruge la tempestad, aunque lejana,  
Y aquella tropa vil huye cobarde.



Prisión Militar de Santiago.



### UN-RECUERDO

Es un recuerdo dulce, pero triste,  
De mi temprana edad:  
Mi madre me llevaba de la mano  
Por la orilla del mar.  
Alzábanse las sombras de la tarde  
Como pardo cendal,  
Y á gritar comenzaba en la cañada  
El huaco pertinaz.

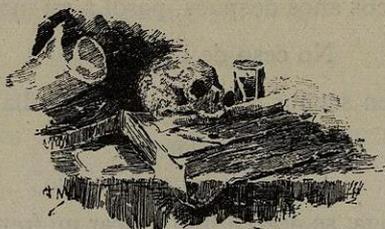
Cantaban los tropiales en el bosque  
Con dulce suavidad,  
Los penachos del mangle caballero  
Agitaba el terral,  
Y de la balsa entre los verdes musgos  
Acechaba el caimán,  
Y bajaban los peces á sus nidos  
De concha y de coral.  
Zumbaban los insectos en el bosque  
En su continuo afán,  
Y en medio á los rumores dominando  
Los tumbos de la mar.  
Mas de improviso atravesando el viento  
Escuchóse fugaz  
De las campanas de vecina aldea  
Tañido funeral.  
Detúvose mi madre, y en silencio  
La contemplé rezar,

Y de llanto llenáronse sus ojos,  
Y se inmutó su faz.  
—¿Por qué lloras, mi madre? la decía  
Con dulce ingenuidad;  
Y ella me contestó dándome un beso:  
—Es preciso llorar,  
Que con lúgubre toque las campanas  
Anunciándome están  
Que un hombre, como todos, de esta vida  
Pasó á la eternidad.  
—¿Y tú te has de morir? la dije entonces;  
¿Tu amor me faltará?  
Y ella sin contestar, sólo lloraba,  
Y yo lloraba más.  
Sobre su seno recliné mi rostro,  
Y ella con dulce afán  
Enjugando mis lágrimas, decía:  
—« ¡Vamos, ya está, ya está! »

Pocos años después, perdí á mi madre:  
No ceso de llorar,  
Y en sueños la contemplo cada día;  
Del cielo viene ya.  
Llega, se acerca hasta tocar mi frente  
Su rostro celestial,  
Y con acento tierno me repite:  
—« ¡Vamos, ya está, ya está! »

1860.





## EL ESCORIAL

Resuena en el mármoleo pavimento  
Del medroso viajero la pisada,  
Y repite la bóveda elevada  
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,  
Vive la vida de la edad pasada,  
Y se agita en el alma conturbada  
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,  
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,  
Esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo,  
Águila que vivió como un gusano,  
Monarca que murió como un mendigo.

1870.





## LA CAMPANA

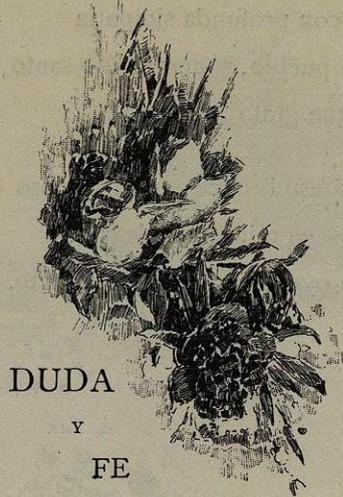
Anunciando la fiesta de la aldea  
Matutino repique se desata,  
Que lanza, como rauda catarata,  
La campana que alegre clamorea.

Mas, triste y melancólica golpea  
Y fúnebre el tañido se dilata,  
Cuando la muerte un ser nos arrebatá  
Y la escarbada fosa el viento orea.

Por eso con profunda simpatía  
Escucha el pueblo, y con cariño santo,  
Ese tañir que grato le extasía;

Porque á ese bronce, en misterioso encanto  
Siempre le oye reir en su alegría,  
Siempre le oye llorar en su quebranto.





DUDA

y

FE

Negro estaba y sombrío el firmamento,  
Y tú me lo mostrabas;  
« Así tengo, dijiste, el pensamiento »,  
Y era, porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma  
Otra vez me decías:  
« Como ese cielo azul tengo yo el alma »,  
Y era, porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda;  
Con mi amoroso anhelo  
Yo le daré, si tu pasión me ayuda,  
Luz á tu cielo.



## LA MORAL

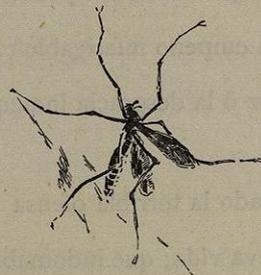
El ser de la virtud la senda estrecha,  
Y la del vicio cómoda y florida,  
Verdad es, tan antigua y tan sabida,  
Que repetirlo á nadie le aprovecha.

¿Quién no sabe que el malo hace cosecha,  
Y que el bueno se pasa triste vida;  
Que comenzando iguales la partida,  
Éste se muere de hambre, aquél pelecha?

Si de tales premisas la experiencia  
Deduce como regla, que los bobos  
Son los llamados « hombres de conciencia »,

Si son triunfos escándalos y robos,  
Á la moral defino como ciencia  
« De preparar ovejas á los lobos ».

México, 1886.





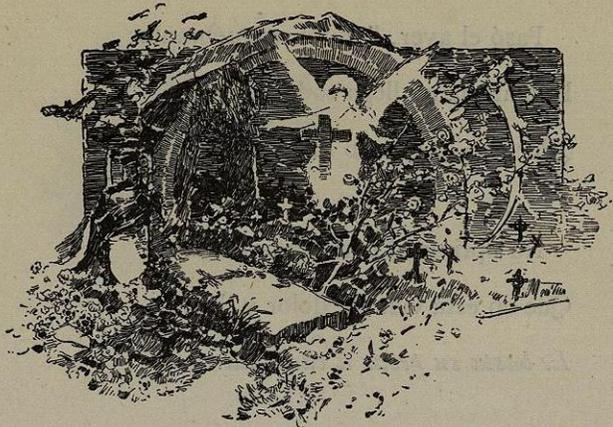
## H O Y

No de lo porvenir entre la densa  
Sombra, con que se vela impenetrable,  
Te finjas con empeño infatigable  
La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa  
Llames á nueva vida; que indomable,  
Al recuerdo de tiempo miserable  
Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto;  
El mañana no llega todavía:  
¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía,  
Que en esta vida de dolor y llanto  
*Le basta su pesar á cada día.*



### Á MEDIA NOCHE

¡Suenan las doce! Alegre movimiento  
Responde á las sonoras vibraciones,  
Y músicas, y gritos, y canciones,  
Lleva en sus ondas presuroso el viento.

¡Un año terminó! Surge el momento  
Que arrastra los ignotos eslabones  
De otro año, que preñado de ilusiones,  
Contempla en su delirio el pensamiento:

Y mientras tanto, el tiempo inexorable  
Las horas de su reino desprendidas  
Arroja en el abismo inexcrutable

Donde van las edades confundidas;  
Y en su carrera sigue infatigable  
Sembrando cunas y segando vidas.

ROMA



## A M O R

Al comenzar el estío,  
Y al despuntar la mañana  
Va por la orilla del río  
En busca del caserío  
Y cantando una serrana:

—«Tengo un amor tan callado,  
Tan puro y tan inocente,  
Como la mansa corriente  
Que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores  
Llegó la triste amargura  
A turbar su linfa pura  
Entre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa  
Corren sus ondas süaves,  
Que ni las oyen las aves,  
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna  
Sus encantos virginales,  
Que entre sus limpios cristales  
Quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,  
Que no sé por darle nombre,  
Si soy el alma de un hombre  
O él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana  
Orgullosa el pecho mío,

Como gota de rocío  
Con el sol de la mañana.

Y ni la nube del cielo  
Turba la luz de mi vida,  
Ni cruza vaga y perdida  
La sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa  
A los últimos fulgores,  
Le cuento yo mis amores  
A la encina y á la rosa,

Y voy alegre y parlera,  
Como loca en mi contento,  
Y digo mi pensamiento  
Al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,  
Con la fuente que murmura,  
Con el ave que en la altura  
En círculo inmenso gira,

Con la leda mariposa,  
Con el celaje flotante,  
Con todo, mando á mi amante  
Una memoria dichosa.

Y me habla del el aroma  
Que desde los valles sube,  
Y me hablan la blanca nube  
Y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente  
El rico manto de gualda  
Y la alfombra de esmeralda  
Por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído  
La brisa con dulce anhelo,  
Y yo por causarla celo  
Repito el nombre querido.

Entonces, de gozo llena,  
Sin que tal encanto cese,

*Jarilla*

Porque la brisa le bese  
Grabo ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,  
Vuelvo á mirar con ternura,  
Que al irme se me figura  
Que hago mal porque le dejo.

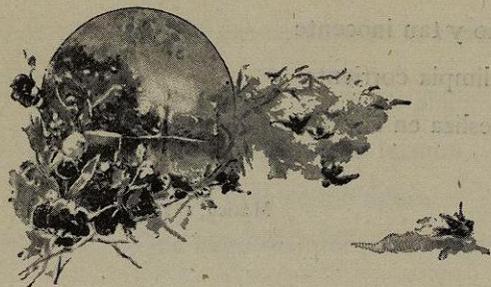
Paso noche de contento  
Contemplando las estrellas,  
Pues miro escrita con ellas  
Su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo  
Tanto mi ilusión se exalta,  
Que si una estrella me falta  
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia  
Tan dulce, tan sosegada,  
Que vive el alma embriagada  
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,  
Tan tierno y tan inocente  
Como la limpia corriente  
Que se desliza en el prado.»

México, 1373.



## ALBORADA

Trinando están los jilgueros,  
El aura soplando ufana,  
Y pálidos y ligeros  
Huyendo van los luceros  
De la luz de la mañana.

Asoman entre las brumas  
Rosas, lirios y amapolas,  
Y como flotantes plumas  
Del arroyo las espumas  
Se posan en sus corolas.

En la selva que despierta  
Se oye místico, suave,  
Vago rumor que concierta  
Con esa armonía incierta  
Que lanza al cantar el ave.

Va la fuente murmurando  
Entre la erguida espadaña,  
Y el pardo cielo cruzando  
Las nieblas que van buscando  
La cresta de la montaña.

Dejan el caliente nido  
Las bandas de los tropicales,  
Y desde el bosque escondido  
Llegan en vuelo tendido  
A los dorados trigales.

Sobre la pradera amena  
Todo es quietud, todo calma,  
Y de luz y encanto llena  
La atmósfera está serena  
Como está tranquila el alma.

¡Pienso con tanta dulzura  
En ti, vida de mi vida!  
¡Es tan grande mi ventura!  
¡Tan profunda mi ternura!  
¡Mi fe tan correspondida!

Toda pasión enmudece  
Ante esa inmensa pasión;  
Toda imagen desaparece  
Y toda luz palidece  
A la luz de esa ilusión.

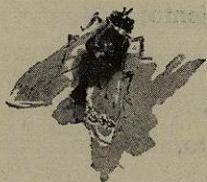
Pienso en ti: quizá dichosa  
Del sueño entre las visiones,  
Oiga tu alma generosa  
Esta cántiga amorosa  
Que entonan mis ilusiones.

Y del cuerpo desprendida  
Por el sueño, aquí tu alma  
Dando esté vida á mi vida,  
Y á mi pasión encendida  
La fe que me da la calma.

¡Aquí está! ¡sí! yo la siento;  
Por eso ven mis amores  
Más bellos el firmamento,  
La luz, las nubes, el viento,  
La selva, el prado y las flores.

Porque en tu amor, vida mía,  
Toda mi ilusión se encierra,  
Y sin él, siempre hallaría  
La bóveda azul, vacía,  
Desierta y sola la tierra.

México, 1875.



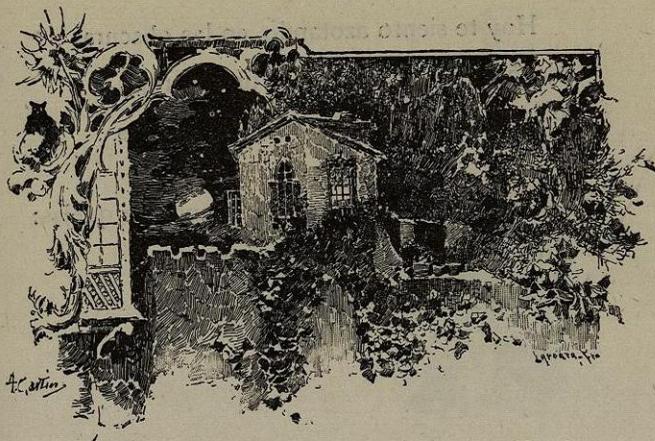
## LA GLORIA

No me hablen de Colón y Galileo,  
Ni de Miguel Cervantes ni de Ovidio,  
Que después del destierro ó el presidio  
Llegaron de la gloria al apogeo.

Fueron grandes sus penas, bien lo creo,  
Es inmortal su fama, y yo la envidio,  
Pero lleva conato de suicidio;  
Consolarse con eso es devaneo.

Yo recuerdo muy bien toda la historia  
De esos ilustres hombres (no me alabo,  
Pues talento del tonto es la memoria);

Pero hay que convenir al fin y al cabo  
En que es fórmula eterna de la gloria  
«Al asno muerto, la cebada al rabo».



## AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía  
En las puertas gemir de mi aposento;  
Doloroso y tristísimo lamento  
De misteriosos seres te creía.

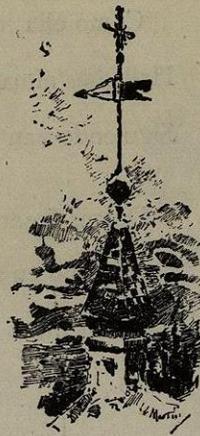
Cuando era joven, tu rumor decía  
Frasas que adivinó mi pensamiento;  
Y cruzando después el campamento,  
«Patria», tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras  
Noches, de mi prisión las fuertes réjas,  
Pero hanme dicho ya mis desventuras

*Zorilla*  
Que eres viento, no más, cuando te quejas:  
Eres viento si ruges ó murmuras,  
Y viento cuando pasas y te alejas.

Prisión Militar de Santiago.

LA  
VELETA



Erguida sobre el alto campanario,  
Y despreciando al rayo resonante,  
Sensible la veleta, sigue amante  
Del caprichoso viento el rumbo vario.

Ya la agita un impulso, ya al contrario  
La detiene ligera y vacilante,  
Y al rudo soplo de huracán pujante  
Responde con gemido funerario.

Cómo ella, de la vida en el camino,  
Hallamos almas que con santo anhelo  
Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo,  
Retratando en su fondo cristalino  
La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

1885.

## EPÍSTOLA



No busques, Juan, con loca incertidumbre,  
Esa heroica virtud que te fascina,  
Entre la palaciega muchedumbre.

La codicia su marcha determina,  
Y siguen todos, como rumbo cierto,  
Del viento la corriente que domina:

La vista fija en anhelado puerto,  
Con huracán deshecho, ó con suave  
Brisa, llega más pronto el más experto.

Allí sólo zozobra el que no sabe,  
Ó que saber no quiere, el fácil modo  
De aligerar mejor la frágil nave.

Quién, por salvar el cargamento todo,  
Alegre lanza á la onda procelosa,  
Ó á negro cenagal de oprobio y lodo,

El limpio honor de la modesta esposa,  
Ó de amor fraternal haciendo alarde,  
Sacrifica á la virgen pudorosa.

Quién á la baja adulación, cobarde  
Prestados pide los batientes remos,  
Temeroso quizá de llegar tarde,

Y sin rubor agota los supremos  
Medios de la lisonja, y degradado  
Toca de la abyección á los extremos.

Y á veces con ardid más reprobado  
Acude á la calumnia y la mentira  
En la denuncia vil del hombre honrado.

Por alcanzar el premio á que se aspira,  
El honor no detiene, ni amedrenta,  
Ni nada indigno ni cruel se mira;

Que del favor la llama se alimenta,  
Lo mismo con ajeno sacrificio  
Que con el cieno de la propia afrenta.

Ni de infame se nota el ejercicio  
De llevar diligente al poderoso  
Codiciados objetos de su vicio.

Nombre allí la virtud tiene oprobioso,  
Que el labio calla y el pudor ignora,  
Y son uno el prudente y el medroso.

Allí de lealtad nadie atesora  
El noble don; cual gallos vigilantes  
Esperan el fulgor de nueva aurora.

Todos quieren llegar, todos ser antes,  
Si un astro nuevo con sus rayos hiere,  
Huyendo al que se eclipsa tumultantes.

Y el coro indigno sin rubor profiere  
Cantos de triunfo para el sol que nace,  
Gritos de guerra para el sol que muere.

Ni hay amparo tampoco que reemplace  
Allí de la amistad, al dulce abrigo  
Que á humano pecho tanto satisface.

Y si fiera ocasión lleva consigo  
Exigir una víctima, de puente  
Sirve bien el cadáver del amigo.

Siempre el triunfo será del diligente  
Que ni escrúpulo sufre, ni repara  
Si al malvado inmoló ó al inocente.

Nadie allí se conoce ni se ampara  
Si un interés cualquiera se subleva.  
Planta es la caridad allí tan rara,

Que si acaso á nombrarla hay quien se atreva,  
Tan brusca carcajada le responde,  
Que de su necio error castigo lleva.

Con cuidadoso empeño, allí se esconde  
Lo que el vulgo rüin llama conciencia;  
Y á los villanos sólo corresponde.

En la patria pensar fuera demencia,  
Que está su nombre allí tan ignorado,  
Que apenas se sospecha su existencia.

Todos miran el puesto á que han llegado,  
Como medio, no más, de hacer fortuna;  
Busca pingües ganancias el privado,

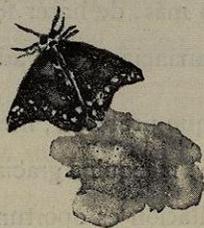
No excusa el que pretende, mengua alguna;  
Por alcanzar ruín, mezquina gracia,  
Cualquiera humillación es oportuna.

Quien más consigue, quien mayor audacia  
Muestra, y mayor cinismo, más aprecio  
Gana en la palaciega aristocracia.

Huye, Juan, de tal gente, aunque de necio  
Te tachen y te burlen, y, con fiera  
Soberbia, te contemplen con desprecio.

No pretendas pisar tan alta esfera,  
Reprueba tanto crimen sin embozo,  
Que la honradez nos hace placentera  
La triste soledad del calabozo.

Prisión Militar de Santiago.



POEMAS  
Y  
EPISODIOS

BOEMAS  
EPISODIOS

LA FLOR

## LA FLOR

### I.

De la montaña en el abrupto flanco,  
Limitando el barranco  
Por donde turbio, atronador, hirviente,  
Revolviendo entre rocas y entre brumas,  
Se despeña el torrente  
Arrojando con furia sus espumas.

### II.

Acantilado muro se levanta  
Con altitud que espanta,  
Coronado de robles y de encinas,  
En donde tienden húmedo su velo  
Las nieblas matutinas  
Con la primera luz que baña el cielo.

III.

Bordan soberbio manto á su grandeza  
El musgo y la maleza,  
Y los punzantes cactus, y atrevidos  
Arbustos, que las rocas aferrando  
Se inclinan suspendidos,  
El espantoso abismo sombreando.

IV.

El agua del torrente evaporada,  
Retorna condensada  
En anchas venas ó menudas gotas  
Por la rugosa falda del gigante,  
Y en las quiebras ignotas  
Se pierde misteriosa y murmurante.

V.

Como lacia melena, en los crestones,  
Los tupidos festones  
Lánguidos flotan á merced del viento,  
Oscilando en constante y rumoroso  
Y vago movimiento  
Sobre la frente altiva del coloso.



## VI.

Levantán incansables tejedoras  
 Las plantas trepadoras  
 Su verde malla en la pendiente breña  
 Y se agrupan el hongo y el helecho,  
 De la desnuda peña  
 Luchando por asir el borde estrecho.

## VII.

Al abrigo del sol crece y florea  
 La fragante orquidea  
 Y es de aquella montaña la espesura  
 Fantástica cortina recamada  
 De flores y verdura  
 Al alcance no más de la mirada.

## VIII.

Por la florida senda pedregosa  
 De la cañada umbrosa  
 Que al pie de la montaña se estrechaba,  
 En fresca tarde de apacible día  
 Feliz atravesaba  
 En juvenil y alegre compañía.

## IX.

De aquella sierra en los peñascos huecos,  
 Despertaban los ecos,  
 Con el duro trotar de sus corceles,  
 Lucida cabalgata de amazonas  
 Servidas de donceles,  
 Animosas, gallardas, juguetonas.

## X.

Ya saltaban osadas y ligeras,  
 De robustas palmeras  
 Los abatidos troncos seculares;  
 Ya buscaban la sombra de lustrosos  
 Crujientes platanares,  
 Ó de frescos naranjos olorosos.

## XI.

Inquietos, jadeantes, fatigados,  
 Y de sudor bañados  
 Los generosos brutos gorbetean,  
 Y al viento arrojan en ligeras plumas,  
 De sus fauces que humean  
 Lucientes y blanquísimas espumas.

*Qui no esbo a perder*

XII.

Sobre un garboso y trotador overo  
Que relincha altanero  
Sacudiendo su crin luenga y sedosa,  
Entre aquel bello grupo iba María,  
La virgen pudorosa  
Por quien de amor mi pecho se encendía.

XIII.

Era esbelta y flexible. Su cabeza  
Con noble gentileza  
Coronaban undosos sus cabellos,  
Negros, finos, profusos y brillantes,  
Y de sus ojos bellos  
Lampos de luz brotaban deslumbrantes.

XIV.

La amaba yo con la pasión primera;  
Con mi existencia entera  
Una hora de su amor pagado habría;  
Pero ella altiva siempre y desdeñosa,  
Severa reprimía  
De mi edad la corriente tormentosa.

XV.

Contemplando la hirviente catarata,  
La gentil cabalgata  
Se detiene, y se escucha entre las rocas  
El rumor de las voces argentinas  
De aquellas lindas bocas,  
Como el hablar de alegres golondrinas.



XVI.

Mas de pronto en la peña acantilada,  
Con rápida mirada  
Descubre entre las quiebras mi María,  
Roja, espléndida flor que altiva crece  
Y al hombre desafia  
Desde la inmensa altura en que se mece.

## XVII.

¡Con qué infantil candor, con qué inocencia,  
 Expresó la impaciencia  
 Que le causaba contemplar tan lejos  
 Aquella flor, mirando su hermosura  
 Á los tibios reflejos  
 Del sol que penetraba en la espesura!

## XVIII.

No pude resistir, sentí convulso  
 Con repentino impulso  
 Agitarse mi ser; el pensamiento  
 Se incendió con el fuego de una idea,  
 Y dijo mi ardimiento:  
 «Suya será esa flor, pues la desea».

## XIX.

Antes que alguno mi intención comprenda,  
 Con la flexible rienda  
 De mi corcel despierto el noble brío;  
 Y pujante se mueve y se encabrita  
 Y en las aguas del río  
 Saltando el peñascal se precipita.

## XX.

Entre sordos rumores confundidos  
 Llegan á mis oídos  
 Ecos de angustia y gritos de quebranto  
 Que presurosos á llamarme vienen,  
 Y ni me dan espanto,  
 Ni me hacen vacilar, ni me detienen.

## XXI.

Fuerte, ligero, audaz y apasionado,  
 Con el pecho inflamado  
 De aquella edad por el intenso fuego,  
 De ilusiones y amor llena la mente,  
 Atravesaba ciego  
 Las encrespadas olas del torrente.

## XXII.

El potro vigoroso hiende el agua;  
 Como de ardiente fragua  
 Es su aliento agitado. La onda fiera  
 Espumante le envuelve hasta la silla;  
 Pero su esfuerzo impera  
 Y el borde alcanza de la opuesta orilla.

## XXIII.

Salto de mi caballo, y diligente  
 Por la áspera pendiente  
 Que mi osada intención torna en escala,  
 Asalto con valor el alto muro  
     En donde el pie resbala  
 Y el apoyo en el brazo es inseguro.

## XXIV.

Como el reptil que en antro pavoroso  
     Se arrastra cauteloso,  
 Así avanzaba yo. Ya desprendida  
 Escapaba una piedra de mi mano,  
     Ya entregaba mi vida  
 Al seco matorral, frágil y vano.

## XXV

Sobre el musgo mi planta se escurría;  
     En inútil porfía,  
 Me aprisionaban en flexibles lazos  
 Trepadoras sin fin y enredaderas,  
     Y al hacerlas pedazos  
 Se llevaban tras sí rocas enteras.

## XXVI.

Á veces con esfuerzo sobrehumano  
     Y teniendo mi mano  
 Á punzadora hierba mal sujeta,  
 Pugnaba por hallar, inútilmente,  
     El relieve ó la grieta  
 En la pulida faz de la pendiente.

## XXVII.

Era supremo triunfo la conquista  
     De la tajante arista  
 Que duro pedernal me presentaba,  
 Y ofreciéndome apoyo pasajero  
     Mis carnes destrozaba  
 Con sus cortes más finos que de acero.

## XXVIII.

Con negras alas de cambiantes rojos,  
     Azotando mis ojos  
 El vértigo asomó; yo no veía  
 El abismo á mis pies; pero terrible  
     Su aliento me envolvía  
 Atrayéndome mudo, irresistible.

## XXIX.

Y vi nubes sangrientas, y vi estrellas  
 Rutilantes y bellas  
 Cruzando en obscurísimas regiones,  
 Y escuchaba tañidos de campanas,  
 Y rugir de aquilones,  
 Y conciertos de músicas lejanas.

## XXX.

Parecíame sentir que de su asiento  
 Con rudo movimiento,  
 Quebrando las cadenas de granito,  
 Se arrancaba ligera la montaña,  
 Cruzando el infinito  
 Con torpe vuelo en lentitud extraña.

## XXXI.

Sentí helarse mi sangre; de pavora  
 Crujir mi dentadura,  
 Y en mi cerebro el soplo de la muerte.  
 Dejé de respirar; cerré los ojos  
 Y me detuve inerte,  
 Como en mullido lecho, en los abrojos.

## XXXII.

¿Pasé inmóvil una hora ó un instante?  
 Lo ignoro; delirante  
 Seguí subiendo. Todo parecía  
 Á mi vista cambiar; por los cantiles  
 Precipitada huía  
 La repugnante tropa de reptiles.

## XXXIII.

Se animaban los cactus: erizados  
 Sus dardos acerados  
 Procuraban herirme. Rencorosas  
 Me lanzaban fosfóricas miradas  
 Víboras espantosas,  
 En las oscuras grutas refugiadas.

## XXXIV.

Hirviente muchedumbre me rodea  
 De insectos, que hormigüea  
 Bajo la hierba, ó se alza en densa nube,  
 Y con formas diversas y bizarras  
 Sobre mi cuerpo sube,  
 Clavando sus harpones ó sus garras.



XXXV.

Sangrando voy, y á detener me obliga  
Mi empeño, la fatiga;  
Eterno aquel camino me parece.....  
Alzo la vista..... y miro que colgando  
Cerca de mí se mece  
La codiciada flor que voy buscando.

XXXVI.

Renace mi vigor, vuelve el aliento;  
Con rudo movimiento  
Me adelanto salvando la distancia  
Que me separa de la flor, y ufano  
Con soberbia arrogancia  
Tiendo sobre ella la sangrienta mano.

XXXVII.

Y al contemplarme así sobre la altura  
Con extraña locura  
Sentí de la barbarie el atavismo,  
Y orgulloso lancé como un ultraje  
Sobre el profundo abismo  
El estridente grito del salvaje.



XXXVIII.

De la callada brisa el dulce beso  
Sobre mi frente impreso  
Calmó la fiebre, me sentí dichoso,  
Y radiante de amor y de alegría  
Me incliné presuroso  
Buscando con la vista á mi María.

XXXIX

Donde yo le dejé, cerca del río  
Inmóvil y sombrío  
Me contemplaba el grupo fijamente;  
Y ella, lejos de allí, puesta de hinojos,  
Inclinaba la frente,  
Con las manos cubriéndose los ojos.

XL.

¡Ella por mí temblando y solitaria  
Alzaba su plegaria!  
Yo no puedo decir qué sentimiento  
Movié mi corazón: fué de ventura,  
Ó fué remordimiento  
Al contemplar su pena y su amargura.

XLI.

Ligero como el tigre perseguido  
Dejo el peñón erguido,  
Encuentro mi corcel, salto á la silla  
Y cruzando el torrente, en la cañada,  
Doblando una rodilla,  
Le presento la flor á mi adorada.

XLII.

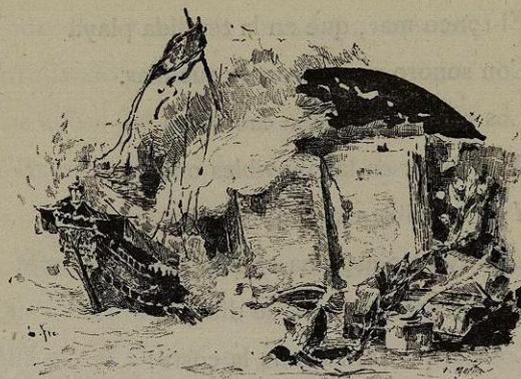
Ella se acerca pálida, me mira,  
Se estremece, suspira,  
Y luego apasionada, como loca,  
La flor de entre mis manos arrebatada,  
Se la lleva á la boca  
Y en llanto de ternura se desata.

México 1884.

*Insignificante por tanta retórica = artificial.  
mal gusto.*

LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO. — AÑO DE 1683.



## LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios  
Escuchad la leyenda lastimosa  
Del siglo diez y siete recogida  
En las páginas negras de la historia.

Serena está la noche; sólo turba  
El solemne silencio de sus horas

El ronco mar, que en la tendida playa  
Con sonoro rumor rompe sus olas.  
Los rayos de la luna cabrillean  
Al resbalar en las movibles ondas,  
Y en apacible claridad se baña  
La hirviente espuma en la lejana roca.  
Como triste sudario, se dibujan  
Los pardos arenales de la costa,  
Y alzándose en el fondo de los cielos  
De la montaña la gigante sombra.  
Allí está Veracruz. En esa noche  
En dulce calma y sin temor reposa.  
Ni una luz en sus calles ni en sus plazas,  
Ni en el castillo que su mar custodia;  
Ni el grito del alerta centinela,  
Ni el rumor de los pasos de la ronda.  
Muda está la campana que denuncia  
La henchida vela, que llegando asoma,  
Y desierta la torre en que el vigía  
Los horizontes de la mar explora.

Todo descansa en la ciudad que duerme,  
Arrullando su sueño rumorosas  
Las aguas del Atlántico que llegan  
Y las murallas sin descanso azotan.

Mas, de repente, sobre el limpio cielo  
Que en matiz de turquesa se colora,  
Allá por el Oriente se perfila  
Como fantasma erguido, silenciosa,  
Deslizándose rápida en las aguas,  
Una potente nave; y después, otra  
Y otras que van tras ella, dirigiendo  
Hacia la playa la tajante prora.  
No desplegan al viento sus banderas,  
Ningún farol en la cubierta asoma,  
Alumbrando á la chusma diligente  
Que el alto bordo del bajel corona.  
Once las naves son, y todas ellas  
Entre el murmullo que del agua brota  
Arrojan en el fondo del abismo

Las oxidadas anclas ponderosas;  
Suenan el silbato, y con presteza arrian  
Los marineros las tendidas lonas,  
Quedando la tupida arboladura  
Como el bosque privado de sus hojas.  
Ya descienden los botes, ya la escala  
Flexible se desprende de la borda,  
Y en ruda confusión se precipita  
De los bajeles la revuelta tropa:  
Y se empujan, se estrechan y se oprimen,  
Resonando las armas que se chocan,  
Cuando al tocar en los ligeros botes  
Unos sobre otros sin temor se arrojan.  
Cada vez que las lanchas, tan cargadas  
Están, que torpes con peligro flotan,  
Del buque se desprenden, y á la tierra  
Llegan, dejan la gente, y luego tornan  
Nueva carga á buscar, sin que el cansancio  
Retarde ó interrumpa la maniobra.  
¡Cuánta gente en la arena! ¡Cómo brillan

Las armas por doquier! ¡Qué presurosa  
Aquella hirviente muchedumbre acude  
A la primer señal que la convoca!  
¡Cuán extraño conjunto! ¡Cuántas razas!  
¡Qué confusión de trajes y de idiomas!  
Vienen allí, siguiendo á los franceses,  
Que el nombre de su rey fieros invocan  
Y áurea la flor de lis muestran bordada  
En su bandera, que á los aires flota,  
Negros, indios, mestizos y mulatos  
Prófugos de las islas. Y de Europa  
Ingleses y flamencos y españoles,  
Cuya negra traición su faz pregona.  
Altivos acaudillan esa chusma  
Nicolás de Agramont, y el de faz torva  
Lorenzo Jaquenún, audaz pirata,  
Del que guardan tristísima memoria  
Las costas del Campeche y las de Honduras  
Y el comercio de Cuba y la Española,  
Y es terror de soldados y marinos

Que van de Nueva España con la flota.  
Se dice que en sus venas sangre lleva  
De la africana gente rencorosa ;  
Sabe el vulgo sus bárbaras hazañas,  
Pero su patria y apellido ignora,  
Y así por *Lorencillo* le conocen  
Desde el monarca hasta la plebe tosca.  
Pero cesa el rumor, y aquella turba  
Se pone en marcha. Lenta, misteriosa  
Avanza la columna, y se desliza  
Sobre la arena, cual gigante boa  
Que hambriento va buscando cauteloso  
La descuidada presa entre las sombras.

Tal como, á veces, la tormenta airada,  
Rauda turbando la tranquila zona,  
Al fiero impulso de huracán pujante  
Llega, se extiende, crece, el cielo entolda,  
Engendra el rayo, ruge con el trueno,  
El relámpago nace de su sombra,

Estremece la tierra, el bosque abate  
Y en torrente de lluvia se desploma ;  
No de otro modo en la ciudad dormida,  
Apenas llega la apacible aurora,  
Repentino rumor se alza terrible,  
Y crece atronador, como si rotas  
Las murallas que enfrenan de los mares  
El ímpetu soberbio, negras olas  
Chocando con estrépito llegaran  
En catarata hirviente y bramadora.  
¡Son los piratas! Quejas y lamentos  
Y disparos y golpes, y rabiosa,  
Ronca y atronadora gritería  
Anuncian el asalto; nada estorba  
La sangrienta invasión, nadie resiste;  
A la sorpresa sigue la congoja,  
Que ni la fuga misma se imagina  
Esperanza brindando salvadora ;  
Paga allí con la vida su imprudente  
Curiosidad quien á la calle asoma,

Y temblando en el fondo de sus casas  
Aguardan todos en mortal zozobra  
El instante supremo en que el pirata  
De honor, riqueza y libertad disponga.  
¡Qué terrible pillaje! ¡Con qué estruendo  
Se abren las duras puertas que destrozan.  
El hacha y el martillo! Aquella turba  
En nada se detiene, no perdona;  
Del lecho arranca al viejo miserable,  
Al triste enfermo, á la doncella hermosa,  
Al niño, al religioso, al artesano,  
A la esclava infeliz y á la matrona.

En torpe confusión, casi desnudos,  
Trémulos de pavor, entre las sombras  
Van en grupos llegando los cautivos  
Al templo principal de la parroquia.  
Más de seis mil encierra, y ya no puede  
De aquel templo la nave estrecha y corta  
Tanta gente guardar; falta el espacio,

Y en horrible opresión allí se forma  
Una compacta masa, en la que apenas  
Pueden al pecho las abiertas bocas  
Llevar el aire que á la vida falta  
En medio de un ambiente que sofoca.  
Y va creciendo la mortal angustia,  
Se prolonga el martirio y se prolonga,  
Y á los rayos del sol que ardiente sube  
Se despierta la sed abrasadora.  
Fétida, densa, inmóvil, asfixiante  
La corrompida atmósfera, se torna  
En rápido veneno, que la muerte  
Siembra doquier horrible y pavorosa.  
Delirando de angustia, desoladas,  
Sin un amigo que su mal acorra,  
Miran las madres á sus tiernos hijos  
En sus brazos morir; y en vano imploran  
Piedad y compasión, porque sus quejas  
Gritos de rabia y de dolor ahogan.  
Se escucha el estertor de la agonía

Del que expira de sed; seca y nerviosa  
Resuena la estridente carcajada  
Del que convulso y loco se desploma;  
La horrible maldición y la blasfemia  
Se unen á la oración conmovedora,  
Y se mezcla el gemir de la desdicha  
Con el rugido que el rencor aborta.  
Allí recibe la desnuda planta  
El caliente cadáver por alfombra,  
Y sobre el cuerpo del anciano padre  
Helada de terror la hija se posa.  
Y llegan sin cesar grupos y grupos  
De aventureros, que en el templo asoman  
Registrando con lúbrica mirada  
Las mal cubiertas ó desnudas formas  
Que las mujeres ocultar procuran  
Con los jirones de la escasa ropa,  
Y la sangrienta mano del soldado  
Arrastra á la doncella ó á la esposa,  
Y la salvaje sed de sus pasiones

Sacia brutal, y luego las arroja  
Á la infesta prisión, agonizantes  
Bajo el peso fatal de su deshonra.

Ruego y súplica y llanto, á mover llegan  
De Lorencillo el corazón de roca,  
Y de agua y pan permite que á los presos  
Se les lleve ración mezquina y corta.  
Como lobos hambrientos que se lanzan  
Sobre la débil presa, y la devoran,  
Y con creciente rabia se acometen,  
Y unos con otros fieros se destrozan;  
Así la iglesia, en que oprimidos gimen  
Los cautivos, de súbito se torna  
En campo de batalla. Jadeantes,  
Rugiendo de furor, convulsa y hosca  
La demacrada faz, se ultrajan todos  
Por apropiarse la escudilla rota,  
El tosco vaso, la ánfora pesada  
Que al templo llevan, en desnuda tropa,

Pobres niños, temblando de fatiga  
Desde lejana fuente, y que provocan  
Luchas, combates, golpes, maldiciones  
Y salvajes escenas, porque ahogan  
Amistades, amor, vergüenza y miedo,  
El horror á la muerte y la congoja,  
La horrible sed que las entrañas quema  
Y el hambre con sus garras opresoras.  
Y no son ya lamentos ó gemidos  
Los que desprenden las humanas bocas:  
Son el rugir del tigre que estremece,  
Aullidos de chacal que se prolongan,  
Gritos de extrañas y enconadas fieras,  
Y silbos de serpientes venenosas.

Espléndido botín, riqueza enorme  
De los piratas el afán corona,  
Excediendo en valor á cuanto pudo  
Ambicionar la turba codiciosa.  
Oro y plata en monedas y en vajillas

Y en pesados lingotes, ricas joyas,  
Soberbias telas y valiosos muebles  
En las calles y plazas se amontonan;  
Porque es tanto el botín, que su presencia  
Á la perdida gente no provoca,  
Pues no ambiciona la común fortuna  
El que más que soñó tiene en la propia.

Ya tres veces el sol cruzado había  
Por el claro cenit, cuando afanosa  
Á preparar comienzan los piratas  
Del anhelado embarque la maniobra.  
Es inmensa la carga. Los bajeles,  
Que ya la esperan en lejana costa,  
Se distinguen apenas, y es preciso  
Que se transporte la riqueza toda.  
De los presos entonces manda el jefe  
Servirse en la fatiga, y nada importa  
Si la estrecha prisión y el sufrimiento  
El alma turban y la fuerza agotan.

Cual lúgubre cortejo de fantasmas  
Que de una cripta abandonada brota  
Por el conjuro mágico evocadas,  
Y los sepulcros abren, y las fosas  
Lanzan de sus entrañas conmovidas  
Huesos desnudos ó desnudas momias;  
Escuálidos, convulsos, vacilantes,  
Hirsuto el pelo, la mirada torva  
Como el que va á morir, no con el gozo  
De quien amada libertad recobra,  
Van del templo saliendo los cautivos  
Entre las filas de enemiga tropa.  
Y muchas veces el doliente rostro  
Á la prisión terrible que abandonan  
Vuelven hijas y madres, pues en ella  
De algún perdido ser á quien adoran  
Queda el cadáver insepulto, y yace  
En soledad horrenda y espantosa.  
Nunca cordón de hormigas diligentes,  
En asiduo trabajo, hora tras hora

Del henchido granero la semilla  
A las trojes llevó de su colonia,  
Como aquellos cautivos, sin descanso,  
Hasta las playas el botín transportan,  
Activando su marcha fieros golpes,  
Rudos denuestos y sangrienta mofa.  
Unos caminan lentos, tropezando  
Bajo el peso que duro les agobia;  
Otros ruedan por tierra y ya no pueden  
Volverse á levantar, y aquella horda  
Les arranca el suspiro postrimero  
Burlando su dolor y su congoja.  
Cuando el último fardo sube al buque,  
Llevan las lanchas á la gente toda,  
Y juntos prisioneros y piratas  
Las playas mexicanas abandonan.

Ya desplegadas las turgentes velas,  
Al blando impulso del terral que sopla,  
Hacen gemir la recia arboladura;

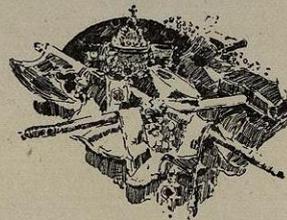
Crujen las naves, y en las verdes olas  
Abre la quilla movedizo surco,  
Que en argentada estela se transforma.  
Ya se aleja la escuadra lentamente  
Como banda de cisnes, que orgullosa  
Las níveas alas á la luz tendiendo  
Del manso lago los cristales corta.  
Pero ¡ay! ¡qué cuadro de tristeza y luto  
En la ciudad desierta y pavorosa!...  
Gime el viento en las casas solitarias  
Atravesando por las puertas rotas,  
Y en la plaza, en la calle y en el templo  
Corrompidos cadáveres devoran  
Hambrientos perros y aves repugnantes,  
En odioso festín que nadie estorba.  
¡Qué terrible infortunio! ¡Cuán inmensa  
Calamidad, sembrada en pocas horas!  
¡Cuántos caudales, fruto del trabajo  
De largos años y constancia proba,  
Se deshacen ligeros cual la niebla

Que el bosque guarda al despuntar la aurora!  
¡Cuántas nobles virtudes, defendidas  
Entre mundanas luchas, cuántas honras  
Por femeniles pechos conservadas  
En virginal candor y á dura costa,  
Resistiendo al amor, á la riqueza  
Y á trueque á veces de la dicha propia,  
En cieno inmundo profanado arrastran  
Con lascivas caricias espantosas,  
Ebrios de vino y de pasión rugientes,  
Torpes bandidos que á terror provocan!  
¡Cuántos niños, ayer acariciados,  
En la orfandad y servidumbre lloran,  
Y en tanto, presas de mortal angustia  
Las madres sin ventura, entre la tropa,  
Y víctimas de duros tratamientos,  
Desde el fondo del alma los evocan!  
Y sigue el padecer. De la desgracia  
La funesta medida no se colma,  
Y las naves piráticas, huyendo

De Veracruz, se acercan á la costa,  
Y en un islote triste y solitario  
Á consumir sus crímenes aportan;  
Como espantado el buitre carnicero  
Cuando su presá con placer devora,  
Alza el vuelo llevando entre sus garras  
Los restos palpitantes, y se posa  
A seguir insaciable en su tarea  
En el crestón de inaccesible roca.  
Los piratas exigen el rescate  
A sus tristes cautivos, y se enconan  
Su saña y su codicia, y once días  
En el desierto islote, entre zozobras  
Y tormentos sin nombre, les retienen  
Hasta que el precio señalado logran.  
Entonces, sin piedad, leván las anclas  
Y á su suerte fatal los abandonan.

Como llegó la escuadra, así se aleja  
Y así se pierde entre la obscura sombra;

Impune queda tan horrendo crimen,  
Y sólo se levanta vengadora  
De Lorencillo al repetir el nombre  
La maldición eterna de la historia.



BIBLIOTECA CENTRAL

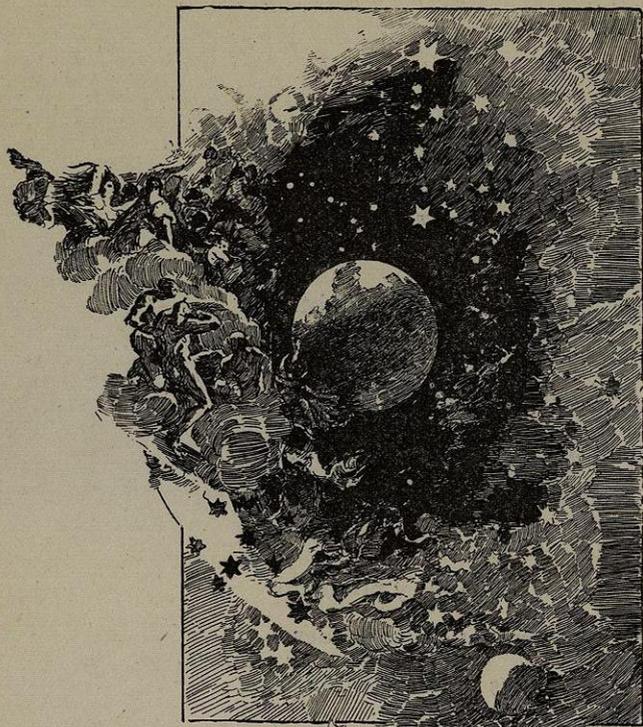
JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

Ya de la eternidad en el misterio,  
Donde los siglos vuelan confundidos  
Cual átomos perdidos,  
Que ni del tiempo el vendaval agita,  
Y en silenciosa y turbia catarata  
Raudo se precipita  
En abismos revueltos y profundos  
El torrente sin fin de las edades  
De tantos soles y de tantos mundos;  
Sus años postrimeros  
El siglo diez y seis iba arrojando,  
De su triunfal carrera majestuosa  
La ruta señalando  
Con indeleble estela luminosa.



¡Gigante siglo! Al fuego de sus soles,  
Que fecundizan la terrestre esfera,

Se agita conmovida  
En lucha de titanes portentosa  
La humanidad entera,  
Como la hirviente mar embravecida  
De la tormenta fiera  
Por la mano de fuego sacudida.

De templos y palacios abrasados  
Se alza de polvo y humo negra nube;  
Se estremece la tierra,  
Y confuso rumor atruena y sube  
De la incesante guerra,  
Que va alumbrando el sol de cada día,  
Y se oyen con espanto  
Los cañones que truenan en Pavía  
Y las naves que chocan en Lepanto.

Rugiendo la discordia se pasea  
Sedienta de exterminio,  
Emponzoña su aliento la venganza,

Y su torva mirada centellea,  
Y su rojiza tea,  
Que va sembrando destrucción y muerte,  
Al cruzar por el campo de la idea  
En luminoso faro se convierte.

Y en medio del fragor de la batalla  
Y en medio de los gritos del combate,  
Sus níveas alas bate  
El alma ciencia, y, emprendiendo el vuelo,  
Lejanos horizontes luminosos  
Abre á lo porvenir, y atroz se enciende  
Nueva lucha sangrienta,  
Y más y más la humanidad alienta.  
Y se yergue terrible y soberana,  
Sus cadenas rompiendo vigorosa,  
La libertad de la conciencia humana.

Como hirviente volcán que el hondo seno  
De la convulsa tierra destrozando

Lanza por su cratera  
Torbellinos de llamas rebramando  
Y encendidos peñascos y torrentes  
De abrasadora lava, que revueltos  
Bajan incandescentes  
En humo denso y en vapor envueltos;  
Así de religión la lucha crece,  
Y al asombrado mundo  
En sus firmes cimientos estremece.

El llano y la montaña,  
La ciudad y la aldea,  
Los palacios, el templo y la cabaña,  
La corte y el hogar, son de pelea  
Abierto campo, en que el furor se ensaña;  
Y el libro y el cañón siembran espanto,  
Luto y desolación, y muerte y llanto.  
Y ofrece la victoria,  
En la revuelta lid sangrienta y fiera,  
Al triunfador las palmas de la gloria,

Y al vencido las llamas de la hoguera  
Y soplan por el mundo desatadas,  
Cual fieros aquilones  
Bramando, de furor arrebatadas,  
Encendidas pasiones  
Con hondo batallar y en furia impía  
Al espíritu humano estremeciendo  
En lucha apocalíptica y sombría;  
Como si en un momento, á un golpe mismo  
Y crujendo en sus goznes de diamante,  
Del cielo y del abismo  
Se encontraran abiertas  
Por la mano de un Dios las férreas puertas,  
De su seno lanzando  
Raudos vertiginosos torbellinos  
De innúmeras legiones, que atronando  
Con su vuelo el espacio atravesaran  
Y en el absorto mundo  
En pavoroso choque se encontraran.

Rompiendo del caos la noche oscura,  
Como astros encendidos  
Que derraman su luz indeficiente,  
Cruzan del siglo el tempestuoso cielo,  
Levantando sus frentes coronadas  
Por las auras de gloria acariciadas,  
Tasso, Ariosto, Cervantes, Maquiavelo,  
Keplero, Rafael, Shakspeare, Ercilla,  
Copérnico, Camoes y Cardano,  
Galileo y otros cien en los que brilla  
Sacro fuego de genio soberano.

Entretanto, al fulgor puro y ardiente  
Con que el sol acaricia  
En regiones ignotas de Occidente  
Con amante delicia  
La inmensidad de los desiertos mares,  
Ligero se disipa el denso velo  
De la cerrada bruma,  
Y en un lecho de espuma,

Fantástico, soberbio, esplendoroso,  
Y surgiendo del seno misterioso  
Del férvido Oceano,  
Se levanta orgulloso  
El virgen continente americano.

II.

La frente reclinada entre los hielos  
Con que el ártico polo se reviste,  
Colgando de sus cielos,  
En las solemnes y calladas horas  
De eterna soledad obscura y triste,  
El rojo pabellón de sus auroras;  
Sobre un inmenso lecho de granito  
Á los polos del mundo encadenado,  
En cuyo borde inquebrantable choca  
Con empuje infinito  
Soberbio el mar contra la enhiesta roca,  
La América, sus fértiles llanuras

Cubiertas de verdor, próspera tiende  
Y alza erguida cadena de montañas  
Donde el rayo de sol su luz acendra  
Y la flotante nube se suspende,  
La tempestad se engendra,  
Cuaja la nieve, y el volcán se enciende.

Dulces ofrece y sazonados frutos  
Cada zona á porfía,  
Brindando cariñosa sus tributos  
Sin cultivo y feraz la madre tierra,  
Que misteriosa encierra  
En su seno riquísimo y fecundo  
Los preciados metales  
Que van á derramarse por el mundo  
En copiosos y mágicos raudales.

Desbórdanse las aguas cristalinas  
De inagotables fuentes  
En anchurosos y profundos ríos;

Rugen entre la selva los torrentes  
Despeñándose raudos y bravíos;  
En los azules lagos transparentes  
Las nubes se retratan,  
Que al cruzar los alisios arrebatan,  
Y al estruendo que forman de los mares  
Las encrespadas olas,  
Responden en los bosques seculares,  
En lejano concierto, los rumores  
Del viento que acompaña  
El himno de sus pájaros cantores.



Á portuguesas y españolas naves  
El genio de Colón abre camino,

Y coronando la atrevida empresa,  
Les entrega el destino  
Á España y Portugal sangrienta presa,  
Y venero riquísimo y fecundo  
Ofrece á la ambición y la codicia  
La poblada extensión del Nuevo Mundo.

Y rápida, sangrienta y destructora  
Se extiende la conquista,  
Como el terrible incendio que devora  
El bosque añoso, y con creciente furia  
Envuelve al roble, al bejucal inflama,  
Se arrastra en la maleza,  
Seca el arroyo con su ardiente llama,  
Y tendiendo su manto en la llanura  
Levanta su cabeza  
Coronada de nubes en la altura.

Triunfante la conquista,  
El cuello inclinan tribus y naciones;

Sobre sangrientas charcas  
Se clavan los extraños pabellones,  
Y en la ruina del aduar que humea  
Álzase el templo al Dios de los cristianos.  
Y se agrupa la aldea,  
Y surge la ciudad, y altivos, fieros,  
Se dividen el nuevo continente  
Gobernantes sin ley y encomenderos.

¿Mas del linaje humano  
En donde está la omnipotente mano  
Que á desbordado mar poniendo coto,  
De las ondas soberbias  
Que hirviendo saltan sobre el dique roto,  
De súbito detenga el fiero empuje,  
Y en manso torne y apacible lago  
El torrente que ruge  
Sembrando aterrador muerte y estrago?

Como el ronco mugido lastimero

Del expirante toro que en las selvas  
Abate el cazador, en sus guaridas  
Va á despertar ligero  
Á las fieras que duermen escondidas,  
Y que llegando en marcha cautelosa,  
Por el olor de la caliente sangre  
En medio de la sombra dirigidas,  
En el breñal acechan  
El esperado instante que oportuno  
Á la presa lanzándose aprovechan;  
Así la clara voz repercutiendo  
De la fama en los ámbitos de Europa  
Se escucha, refiriendo  
De América fantásticas riquezas,  
Que arranca fácil atrevida tropa,  
Y fabulosos hechos y proezas,  
Y mágicos paisajes, do entre flores  
Mujeres bellas con mirar de fuego  
Brindan á sus señores  
Dulce placer en amoroso ruego;

Y al eco de la fama se despierta  
Ávida de codicia la esperanza,  
Pintando como cierta  
La soñada fortuna, anima y lanza  
En atrevida empresa temeraria  
Á la turba falaz de aventureros  
Que en frágiles y humildes carabelas  
Ó en queches altaneros,  
Y al viento dando las tendidas velas,  
Cruzan el mar ó esperan en acecho  
Á la mercante nave que se acerca  
Á cruzar el estrecho,  
Ó con mayor arrojo y osadía  
Asaltan las ciudades de la costa  
Á fuego y sangre y á la luz del día.

Se extienden el pavor y el sobresalto;  
Ni embarcación ni puerto están seguros  
De repentino asalto;  
Alzanse en las ciudades fuertes muros,

Y la artillada torre se levanta.  
Las escuadras Reales,  
Cuyo poder al agresor no espanta,  
Cruzan doquier en busca del corsario,  
Que muchas veces el combate esquiva,  
Y otras audaz le acepta temerario,  
Y la enseña del Rey queda cautiva,  
Y las costas y el mar temblando gimen;  
Que manchan sus arenas y sus aguas  
Tanto horror, tanta sangre y tanto crimen.

BIBLIOTECA CENTRAL

# BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.



## BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

I.

Su ronca voz la fama dilatando  
Por la tendida costa mexicana,

Que con sus ondas de zafir arrulla  
El Atlántico mar, contó cien veces  
Despertando terror, sembrando pena,  
Y alarma difundiendo y sobresalto,  
Hechos terribles, lances fabulosos  
De audacia y de valor, rudos combates,  
Abordajes, asaltos y sorpresas  
De un osado pirata, cuyo nombre  
Calló la historia y olvidó la fama.  
Pintábale la gente alto y membrudo,  
Ancha la espalda, levantado el pecho,  
Mirada al par que altiva penetrante,  
Lento en andar y en el hablar pausado.  
Dando aspecto más duro y más sombrío  
Y aumentando del rostro la fiereza,  
El espeso bigote, negro y lacio  
Y flotante llegando hasta los hombros,  
Dió seña con que fuera conocido  
El temible y audaz filibustero.  
Hoy sin duda se asoma la sonrisa

De la faz más adusta por los labios,  
El apodo escuchando de *Bigotes*  
Que al pirata se dió; pero en el siglo  
En que víctimas eran de su furia  
Las ciudades del Golfo, y recelosos  
Los marinos temblaban de encontrarle,  
Ese nombre fatal era la cifra  
De todo lo espantoso y lo temible;  
Y nunca el navegante, atravesando  
El piélago en que reinan procelosas  
Repentinas tormentas, más cobarde  
A cada instante registrando el cielo;  
Se estremece si mira en el espacio  
Nubecilla ligera, si las brisas  
Parecen arreciar, si el tiempo calma,  
Si viste el sol de rojo el firmamento  
Al hundirse la tarde, ó si los astros  
Rutilan más brillantes, como entonces,  
Trémulos de pavor y sobresalto,  
En tropel á las playas acudían

Los habitantes todos de la costa,  
Cada vez que miraban á lo lejos  
De alguna embarcación las blancas velas.  
Y en constante zozobra, el horizonte  
Explorando tenaces, del pirata  
Á todas horas descubrir creían  
La rauda embarcación sobre los mares,  
En cada nube que arrastraba el viento,  
En la flotante bruma, entre la niebla,  
En el pardo alcatraz que silencioso  
Se destacaba en solitaria roca,  
Y hasta en el copo de la blanca espuma  
Que en las henchidas ondas engalana.

De la tranquila sonda de Campeche  
Haciendo hervir las aguas cristalinas,  
Como la garza que al cruzar el lago  
Con el cándido pecho rompe ufana  
La tersa superficie, y el garrido  
Y blanquísimo cuello yergue altiva,

Así para las costas yucatecas,  
Por el viento empujada, va la nave  
Que á bordo lleva al opulento hidalgo  
Don Fernando Meneses de Sarabia,  
Que el monarca español Felipe Quinto  
Para regir á Yucatán elige.  
El sol de la mañana matizando  
Un cielo azul; purísimo y profundo,  
En torrentes de luz sobre los mares  
Derrama su calor; duermen las olas  
Blandamente arrulladas por la brisa,  
Y en el líquido manto de zafiro  
Ricos cambiantes brillan de oro y perlas.  
Roza en su vuelo alegre la gaviota  
El agua de la mar; cruzan trinando  
En la ribera pardas golondrinas,  
Y el pesado alcatraz torpe aletea,  
Mientras que vuela y salta vocinglero  
En las flotantes palmas el zanate.

Ligera va la nave. Mas, de pronto,  
Oscila y se detiene y luego vira  
Y en nuevo rumbo el aparejo empeña.  
Como indómito potro que del bosque  
Entre las sombras al cruzar tranquilo  
Siente el olor del tigre carnicero,  
Detiene el paso, y la cabeza erguida  
Inquieto torna por doquier, el aire  
Con las anchas narices dilatadas  
Aspira con violencia, lanza luego  
Resoplido sonoro, se estremece,  
Sacude altivo las copiosas crines,  
Veloz revuelve, y en la obscura selva  
Rompiendo el bejucal se precipita;  
No de otro modo la española nave  
Que conduce á Meneses de Sarabia,  
Sus velas todas desplegando al viento,  
Rompe veloz con la ferrada proa  
Las movedizas ondas, porque osado  
Dándole caza con tenaz porfía,

Como va tras el ciervo fugitivo  
Corpulento lebrel, sigue tras ella  
El atrevido queche del pirata.  
¡Cómo cruzan la mar! Nunca en la pista  
Alíferos corceles, más pujantes,  
La victoria y el premio disputando,  
Devoran el espacio, cuando sienten  
El látigo y la voz y las espuelas  
De tendidos jinetes que anhelantes  
La postrera señal miran cercana.  
Sobre la popa la mirada fija  
En el queche pirata, fascinado  
Cual tórtola infeliz por la serpiente,  
Va trémulo Meneses, comprendiendo  
Que rápida se acorta la distancia  
Que separa las naves, y ya mira  
Del contrario bajel cruzar el puente  
Afanosos marinos; los cañones  
Descubren ya la ennegrecida boca,  
Y se escuchan llevadas por el aire

De la ronca bocina obscuras voces.  
¡Qué tremenda zozobra cuando el viento  
Parece desmayar, cuando las velas  
Se cuelgan de los mástiles, flotando  
Como estorbosa carga! ¡Qué agonía  
Sufre Meneses, al sentir que oprimen  
En convulsivo abrazo su cintura  
La tierna esposa y los pequeños hijos!  
Vuelve el rostro y les mira, y demudado  
En vano quiere hablar, y sobre el seno  
Conmovido y lloroso los estrecha.  
Torna el viento á soplar, y otra vez sigue  
El empeño tenaz, y los bajeles  
Uno tras otro rápidos se lanzan.  
Así, seguida del halcón marino  
La tímida gaviota, á rumbo incierto  
Emprende el vuelo, y las batientes alas  
Agitando veloz, avanza y sube  
Y retrocede y baja, y ya la espuma  
Fugaz tocando con el pecho rompe,

O ya como la flecha desprendida  
Del arco vibrador, en el espacio  
Y en el azul del cielo se confunde.

Llega el momento al fin en que el pirata  
Á la española nave da el alcance.  
Suena, intimando rendición ó muerte,  
La encorvada bocina, y de un costado  
Del corsario bajel relampaguean  
En las estrechas portas los cañones.  
El sonoro estampido rompe el aire;  
Rugen fieros los negros proyectiles,  
Y densa nube de humo se alza y flota,  
Y envuelve al queche, y luego descendiendo  
Sobre la mar se arrastra blandamente  
En ancha faja de rizada pluma.  
Embiste el queche á la española, y cierra  
Aferrando las bandas, de abordaje  
Con los tenaces ganchos. Salta osado  
El capitán pirata sobre el puente,

Blandiendo el hacha en ademán terrible,  
Y en espantosa confusión, los suyos  
Al cautivo bajel fieros se arrojan.  
Reina el pavor allí: lloran los niños,  
Las mujeres convulsas se arrodillan,  
Se atropellan los hombres, y unos corren  
Buscando en los paños y en la cala  
Escondido refugio, y otros quedan  
En sus puestos inmóviles, creyendo  
Que así la vida de enemigas manos  
Podrán salvar en tan tremendo lance.  
Pálido de emoción, pero sereno,  
Cubriendo con su cuerpo á la abatida  
Doliente esposa y á los tiernos hijos,  
Se presenta Meneses al pirata  
Sin ocultar su nombre ni su rango.  
Los ojos del osado aventurero  
Fosfórico reflejo de alegría  
Ilumina fugaz; la noble presa  
Que amiga la fortuna le depara,

Más que el botín de la abordada nave  
Corona su ambición. Con voz de trueno  
Que hace vibrar crujiendo las cuadernas  
Ordena retirada. Le obedecen  
Sin vacilar ni murmurar los suyos,  
Que á su bajel precipitados tornan,  
Y un momento después sólo se miran,  
Al lado de Meneses, el pirata,  
Y las dobladas guardias vigilantes  
Al bajel y á los presos custodiando.

Acordado el rescate de Meneses,  
Hora es ya de partir. La mar convida  
Con lenta ondulación á los marinos,  
Como la blanca y oscilante cuna  
Que al niño muestra cariñosa madre.  
En un gallardo bote, que se mece  
Junto á las naves, en las mansas olas  
Seis robustos piratas con sus remos  
Al pie se ven de la tendida escala.

Por ella el capitán baja el primero,  
Y va tras él Meneses pensativo;  
Y asoman á mirar sobre la borda  
Rostros en que se pinta la alegría,  
El temor, la esperanza y el asombro.  
Entra al bote el pirata, y los cordeles  
Que al sensible timón sirven de rienda  
Empuña con destreza; se reclina  
Á su lado Meneses, y azotando  
Con unísono golpe los remeros  
El cresco mar, al repentino impulso  
Ligero el bote parte y se resbala  
Alejándose raudo de las naves.

II.

Corre en tropel revuelta muchedumbre  
Llegando de los barrios presurosa,  
Pues rápida circula por Campeche

La extraña nueva de que al puerto vino  
Una ligera lancha, tripulada  
Por unos hombres cuyo idioma y traje  
Y aspecto singular, indicios claros  
Dan para comprender que se presentan  
De algún buque pirata desprendidos.  
Y lo que mueve más y más excita  
Al pueblo en esta vez, lo que le asombra,  
Es la noticia de que aquellas gentes  
Conducen á Meneses de Sarabia,  
Nombrado por el rey Felipe Quinto  
Gobernador de Yucatán. Cual nacen  
Al desprenderse torrenciales lluvias  
De la enhiesta montaña por las crestas  
Bullidores arroyos, que ligeros  
En cintas de cristal se precipitan  
Con lánguido rumor, y á cada instante  
Creciendo más y más, roncocos murmurán  
Por la vertiente rápida hasta unirse  
En torrente espumoso convertidos,

Que brama y ruga en la cañada agreste;  
Así va de Campeche por las calles  
La hirviente multitud, crece el tumulto,  
Llega en olas la gente hasta la plaza,  
Y semejante al mar embravecido,  
Que sus olas gigantes alza y choca  
Del escarpado morro entre las peñas  
Y su zumbo sonoro repercuten  
De la montaña los lejanos ecos,  
La activa muchedumbre se revuelve  
En creciente alboroto confundida  
Y en rápidas corrientes, que se cruzan,  
Se encuentran, se confunden y se oprimen.  
Mas de repente disminuye y cesa  
Todo el rumor. Curiosidad y asombro  
Revelando tenaces las miradas,  
En el grupo se fijan, que aparece  
Por un extremo de la plaza entrando.  
Viene en medio Meneses, no abatido  
Ni de fiera altivez haciendo alarde;

Sereno al parecer, mas dando muestra  
De punzadora pena mal guardada;  
Van en su derredor los regidores  
De la ciudad, con demudado rostro,  
Y en voz baja, violentos ademanes  
Y siniestro mirar, franca mostrando  
La noble indignación que se desborda,  
Al pensar con horror que la presencia  
De los piratas la ciudad profana.  
Tras ellos, desdeñoso, indiferente,  
No más arma llevando que en el cinto  
Ancho y vistoso sable de abordaje,  
Marcha el filibustero. ¿Quién, mirando  
Su torva faz, su nombre no adivina?  
¿Quién, al verle llegar, dentro del pecho  
No siente que agitado se estremece  
El corazón? ¿Y quién, cuando pasea  
En el concurso inmenso la mirada  
Fiera y provocativa, como un reto  
De aquel hombre fatal, raudo los ojos

No aparta con horror, cual si creyera  
Objeto hacerse de su negra furia?  
De instintivo temor sobrecogida  
Retrocede la gente, y ancha calle  
Va de la multitud entre los grupos  
Abriéndose delante del pirata.  
Llega, por fin, Meneses á la puerta  
Del salón de cabildos, y el conserje  
Con respeto se inclina, dando paso.  
Pero al mirar al capitán, procura  
Impedirle la entrada; una sonrisa  
De altivez y desdén juega en la boca  
Del temible corsario; con desprecio  
Al portero contempla, y se adelanta  
Con osado ademán, mientras sonando  
Las anchas puertas del salón se cierran.

Sobre un viejo sitial, como agobiado  
Bajo el peso de bárbaro infortunio,  
Se desploma Meneses. En silencio

Él y cuantos le siguen permanecen  
Durante largo tiempo, y sólo turban  
La calma sepulcral de aquel recinto  
Sordos rumores que confusos llegan,  
Como tumbos del mar, desde la plaza  
Donde afanosa multitud se agita,  
Como suele un enjambre alborotado  
En derredor de la colmena rota  
En parda nube que revuela y zumba.  
Volviendo en sí Meneses, la palabra  
Al Cabildo dirige, y les refiere  
Toda su desventura: la promesa  
De pagar un rescate; que en la nave  
Su familia infeliz queda en rehenes,  
Y que á buscar la suma convenida  
Hasta el recinto aquel llega el pirata.  
—«Harto sabéis, señores, que el destino—  
Les dice al terminar—de los humanos  
En el poder no está; que omnipotente  
Y bondadoso, Dios ordena y guía

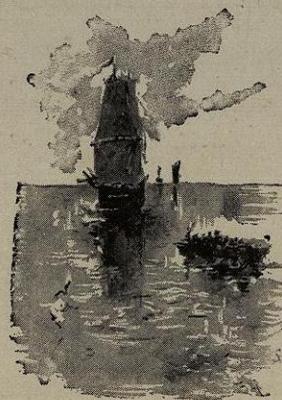
De este mundo las cosas, y dispone  
De nuestra suerte aquí. Lección ó pena  
El dolor que me manda, yo respeto  
Su santa voluntad. Haced vosotros  
Lo que en honra del Rey y á su servicio  
Y en mi bien y favor hacer os plazca.  
No bien hubo Meneses terminado  
Su triste relación, cuando el alcalde  
Se puso en pie, con mano temblorosa  
Por la avanzada edad su barba luenga  
Atusando convulso, y con acento  
Que turba la emoción; así responde,  
Más que al mismo Meneses, sus palabras  
Al severo Cabildo encaminando:  
—«Ya, dignos compañeros, que el remedio  
En tanto mal, y en aficción tan grande,  
De nuestras manos al alcance pone  
La divina bondad; ya que la vida,  
La libertad, y la familia y la honra  
Del noble hidalgo que á regirnos manda

El Rey nuestro señor, están sujetas  
Hoy á nuestro querer, no vacilemos;  
Entréguese el rescate, y vengan libres  
La tierna esposa y los amados niños.  
Yo comprendo muy bien, pues no se oculta  
Á mi larga experiencia ni á mis años,  
Que vuestros pechos generosos sangran,  
El rescate al pagar, no por el oro,  
Que, por fortuna, en vuestras cajas sobra;  
Sí porque en esta vez vuestra hidalguía  
Humillada se siente, recibiendo  
Condiciones y ley de un enemigo  
Sin fe, sin religión y sin bandera.  
Y más la indignación se agita y crece  
Contemplando el orgullo y la osadía  
Con que llega hasta aquí, y entre nosotros  
Su voluntad y su capricho impone.  
Su queche está á la vista, y en el puerto  
Un bajel poderoso, tripulado  
Por valientes marineros, sólo aguarda

La primera señal para lanzarse  
Sobre el audaz pirata. Y es preciso  
No dar esa señal; cerrar los ojos  
Á tanta humillación; dentro del pecho  
Nuestra herida ocultar, que así lo exige  
Esa madre infeliz que triste llora  
Con sus hijos en duro cautiverio,  
Y que son en la nave prisionera  
Prenda de impunidad á los piratas.  
Nuestros hijos aquí, nuestras mujeres,  
La caridad y el corazón, nos gritan  
Que consumarse debe el sacrificio  
Del ofendido orgullo; Dios lo manda,  
Y obedientes su ley acataremos.

Dos horas han pasado, y vá ligera  
De retorno la lancha del corsario,  
El rescate llevando de Meneses  
En los sacos henchidos de oro y plata.  
Poco tiempo después, desde la costa

Contemplan los que aguardan afanosos  
Cómo viene garbosa para el puerto,  
Y libre ya, la nave prisionera  
Y los que en ella estaban, mientras raudo  
Se va alejando el queche del pirata.



BIBLIOTECA CENTRAL

Contempló las que se elevaban  
Como si fueran flores de campo,  
Y dijo: ¡ay, qué vida es esta!  
Y las que en sus ojos se miraban  
Se veían en los ojos de la tierra.

SOR MAGDALENA  
(TRADICIÓN)

.....neve rerum quas viderimus et  
audierimus, quasi formæ quædam ac  
imagines in anima permaneant ad  
exitium interitumque nostrum.

SAN BASILIO, *Regula fusiùs.*

Trac., —VI— I.



## SOR MAGDALENA

*A Francisco A. de Icaza.*

I.

Tras los espesos muros seculares,  
Cuyos toscos sillares  
Reviste el musgo y la humedad desgrana,  
Donde la hierba descuidada crece,  
Y el buho se guarece  
Esquivando la luz de la mañana,

II.

Se extienden solitarios y sombríos,  
Como la tumba fríos,  
Los espaciosos claustros de un convento,  
Donde la luna tiembla penetrando,  
Cual si fuera alumbrando  
La prisión del humano pensamiento.

III.

Allí la celda reducida, aguarda  
Misterio que acobarda;  
Allí se agitan en constante guerra,  
En hondo batallar, en fiero duelo,  
La aspiración del cielo  
Y las ciegas pasiones de la tierra.

IV.

Allí, de las mundanas tempestades  
Huyendo las crueldades,  
Como roto bajel que busca el puerto,  
Llegando van las almas laceradas;  
Arenas empujadas  
Por el *simoun* que removió el Desierto

V.

¿Y qué buscan allí? ¿Se puede acaso  
En ese breve paso  
Dejar el corazón fuera del muro,  
Del recuerdo extinguir la ardiente llama  
Y la pasión que inflama  
Desterrar con las preces de un conjuro?

VI.

Como sangriento buitre que destroza  
A su víctima, y goza  
Contemplando el horror de su agonía,  
Así en el alma, firme, encarnizado,  
Está el dolor clavado,  
Su veneno filtrando noche y día.

VII.

Son allí las memorias más intensas;  
Más fúnebres y densas  
Las nubes que del alma se levantan,  
Y cruzan por las ascuas del deseo  
Con pesado aleteo  
Imágenes bellísimas que espantan.

## VIII.

Es inútil la lucha, y hace en vano  
 Esfuerzo sobrehumano  
 Para evitar el insondable abismo,  
 Que la llama, la arrastra y la fascina  
 El alma, que camina  
 La misma siempre y sobre el mundo mismo.

## IX.

Allí Sor Magdalena, retraída,  
 La congojosa vida,  
 Que secreto dolor constante amarga,  
 Divide austera en el asilo santo  
 Entre oración y llanto,  
 Que hacen más dura la tremenda carga.

## X.

En su primer amor fué tan constante,  
 Tan tierna y tan amante,  
 Que al sentir el inmenso desconsuelo  
 Del primer desengaño, arrebatada,  
 Y ciega y despechada,  
 Celebra eternas nupcias con el cielo.

## XI.

Mas sin hallar descanso ni reposo,  
 Del celestial esposo  
 Cambia la forma y equivoca el nombre,  
 Y al invocarle ardiente en su amargura,  
 Le sueña en su locura  
 Con las formas fantásticas de un hombre.

## XII.

Del hombre mismo que su fe quebranta  
 Cuya imagen levanta  
 Sobre ancho pedestal de amor inmenso,  
 Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,  
 En el altar y el coro  
 Y entre las blancas ondas del incienso.

## XIII.

Nunca puede alcanzar que la abandone,  
 Y siempre se interpone  
 Entre ella y Dios cual sombra temeraria,  
 Y apasionadas frases le provoca  
 Que salen de su boca,  
 Mezclándose á la mística plegaria.

## XIV.

Sueña escuchar palabras seductoras  
 En las calladas horas  
 En que del templo en la tranquila nave  
 Resbalando en los ámbitos oscuros  
 Sobre los viejos muros  
 Alza el viento rumor pausado y grave.

## XV.

Á veces tentadoras armonías  
 De fiestas y alegrías,  
 Alzándose confusas y lejanas,  
 Entran á seguirla hasta su lecho,  
 Asaltando el estrecho  
 Paso que dan al aire las ventanas.

## XVI.

Entonces con la fiebre del delirio  
 Doblando su martirio,  
 Se siente transportada á los salones  
 Donde luciendo gala y gentileza,  
 Es imán su belleza  
 De ardientes y viriles corazones.

## XVII.

La atmósfera candente y perfumada  
 Respira enamorada,  
 Siente el nervudo brazo en su cintura  
 Que en la ligera danza la sostiene,  
 Y hasta su frente viene  
 El suspiro que arranca su hermosura.

## XVIII.

Oye las frases del amor que hechizan,  
 Frases que se deslizan  
 Y encienden en su pecho ardiente llama,  
 Y arrebatada y ciega y delirante  
 Siente en aquel instante  
 Fuego que por sus venas se derrama.

## XIX.

Resuena en tanto en la mansión tranquila  
 La destemplada esquila,  
 Que al rezo convocando la despierta,  
 Y arranca de sus labios un gemido  
 Al mirar convertido  
 Soñado bien en desventura cierta.

## XX.

Una hermosa mañana, desde el coro,  
 El órgano sonoro  
 Por las augustas naves derramaba  
 De voces la corriente fugitiva  
 Que en la calada ojiva  
 Los pintados cristales agitaba.



## XXI.

Monótono y tristísimo murmullo,  
 Como lejano arrullo  
 Levantado por voces misteriosas,  
 Y dando de piedad muestra y ejemplo,  
 Se escuchaba en el templo  
 El rezo de las santas religiosas.

## XXII.

Del alba pura á la primer sonrisa  
 Comenzaba la misa,  
 Y en el fondo del templo, arrodillado  
 En humilde actitud, baja la frente,  
 Á la oración ferviente  
 Un apuesto doncel yace entregado.

## XXIII.

Inmóvil y tan cerca de la reja  
 Una estatua semeja,  
 Ejemplo mudo del orgullo humano,  
 Que con el arte pretendió altanero  
 Recordar al guerrero  
 Sobre la humilde fosa del cristiano.

## XXIV.

Bajo los pliegues del tupido velo,  
 Fuerzas pidiendo al cielo,  
 Que ya le faltan en la lucha fiera,  
 Repasa Magdalena en sus congojas  
 Las amarillas hojas  
 Del viejo libro en que rezar quisiera.

XXV.

Absorta con su propio pensamiento,  
El agitado viento,  
Cruzando las estrechas celosías,  
Llega á su faz, trayendo de la nave  
Un perfume süave,  
Encantador recuerdo de otros días.

XXVI.

Como herida de un rayo, palpitante  
Alza el rostro anhelante,  
Porque el perfume aquel es su perfume;  
Mil veces lo aspiró cuando á su lado,  
Galán y enamorado,  
La pasión le inspiró que la consume.

XXVII.

¡Qué infinitos recuerdos en su pecho,  
Como huracán deshecho,  
Despierta aquella ráfaga perdida!  
Todo el pasado surge en su memoria,  
Y olvidando la gloria,  
Á su antigua pasión torna vencida.



XXVIII.

Sobre la reja la encubierta frente  
Reclina febrilmente,  
Y despidiendo rayos, su mirada  
Se clava al fin como puñal de acero,  
Del gentil caballero  
En la faz dolorida y conturbada.

## XXIX.

Él es: sus penas, al mirarle, entiende,  
 Y adivina y comprende  
 Que si en su rostro la profunda huella  
 Se marca del dolor, y si rendido  
 Hasta el templo ha venido,  
 Es por ella no más, no más por ella.

## XXX.

En ese rapto de pasión no alcanza  
 Más risueña esperanza  
 Que del claustro romper los férreos lazos,  
 Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,  
 Ir á buscar el cielo  
 Expirante de amor entre sus brazos.

## XXXI.

Terrible la impaciencia la devora;  
 Fugaz pasa la hora  
 Destinada á los rezos matinales;  
 Se concluye la misa, y lentamente  
 Silenciosa la gente  
 Va cruzando del templo los umbrales.

## XXXII.

El último devoto desaparece,  
 Y sólo permanece,  
 Como perdido en la anchurosa nave  
 Junto á la reja, inmóvil y severo,  
 El gentil caballero  
 De noble porte y continente grave.

## XXXIII.

Reconcentrado en su pensar profundo,  
 Olvidado del mundo,  
 Y en hondas reflexiones sumergido,  
 Escucha ya del éxtasis despierto  
 Leve rumor incierto  
 Que baja desde el coro hasta su oído.

## XXXIV.

¿Es un vago suspiro de ternura?  
 ¿Un eco de amargura?  
 ¿De ignorado dolor errante queja  
 Que exhala como místico perfume  
 Alma que se consume  
 Allá detrás de la inflexible reja?....

## XXXV.

Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,  
 Bajo del velo santo,  
 Apartado con mano convulsiva,  
 Contempla marchitada por la pena  
 La faz de Magdalena  
 Y su mirada ardiente y expresiva.

## XXXVI.

Apenas conteniéndose, sofoca  
 El grito que á su boca  
 Arranca la sorpresa, y sin aliento,  
 Y como el árbol por el rayo herido,  
 Vacila conmovido,  
 Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

## XXXVII.

Inmóviles los dos, con las miradas  
 Uno en otro clavadas,  
 Extáticos y absortos permanecen;  
 Hasta que ya las solitarias naves  
 Con los ecos süaves  
 De la última plegaria se estremecen.

## XXXVIII.

Entonces, como huyendo del abismo,  
 Con terrible heroísmo,  
 Se aparta Magdalena de la reja  
 Sin volver la mirada; y presa en tanto  
 De repentino espanto,  
 Con raudos pasos el doncel se aleja.

## XXXIX.

¿Qué horrible tempestad se precipita,  
 Y conmueve y agita  
 De Magdalena el alma sin ventura  
 Que se siente arrastrada en su camino  
 Por fiero torbellino  
 De negro abismo hasta la sima obscura!

## XL.

Nunca con más pasión, ni más intenso  
 Aquel cariño inmenso  
 Encendiendo su ser, mostró á sus ojos  
 Fantasma de ilusión tan palpitante  
 Que busca delirante  
 Besos candentes en sus labios rojos.

XLI.

Ya se sueña feliz, cuando violento  
Clava el remordimiento  
Sus garras en el pecho dolorido,  
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo  
Aquel dolor, que rudo  
Arranca de sus labios un gemido.

XLII.

Como del puerto al encendido faro  
En demanda de amparo,  
Ante la imagen pura de María,  
Atribulada por creciente pena,  
Se arroja Magdalena  
Implorando favor en su agonía.

XLIII.

Desfallecida, anté el altar de hinojos,  
Y los nublados ojos  
Con ardiente fervor alzando al cielo,  
Á la madre de Dios envía el alma  
Para pedirle calma  
Y en su santo cariño hallar consuelo.



XLIV.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,  
Los pálidos reflejos  
De inexplicable y mística ventura,  
Y oye voces que pasan murmurando,  
Apacibles calmando  
Su agitación febril y su amargura.

XLV.

En su pecho renace la esperanza;  
Se imagina que alcanza  
A extinguir la pasión que la devora,  
Y de súbito se alza más terrible,  
Mostrándose invencible  
Atizando su llama hora por hora.

XLVI.

En tan hondo penar, en tal fatiga,  
Y sin que mano amiga  
Le preste apoyo en la mortal dolencia,  
Llega la noche con su negro manto  
Acreciendo el espanto  
De las sombras que envuelven la conciencia.

XLVII.

Pero del alba al pálido reflejo,  
Con su grato cortejo  
De ilusiones fantásticas, triunfante  
Vuelve el amor, y corre Magdalena,  
Olvidando la pena,  
Hasta la reja en busca de su amante.



XLVIII.

Se abre del templo la crujiente puerta,  
Y en la nave desierta  
El apuesto galán entra el primero:  
Cruza frente al altar, su faz humilla,  
Y luego se arrodilla  
Junto á la reja, pálido y severo.

XLIX.

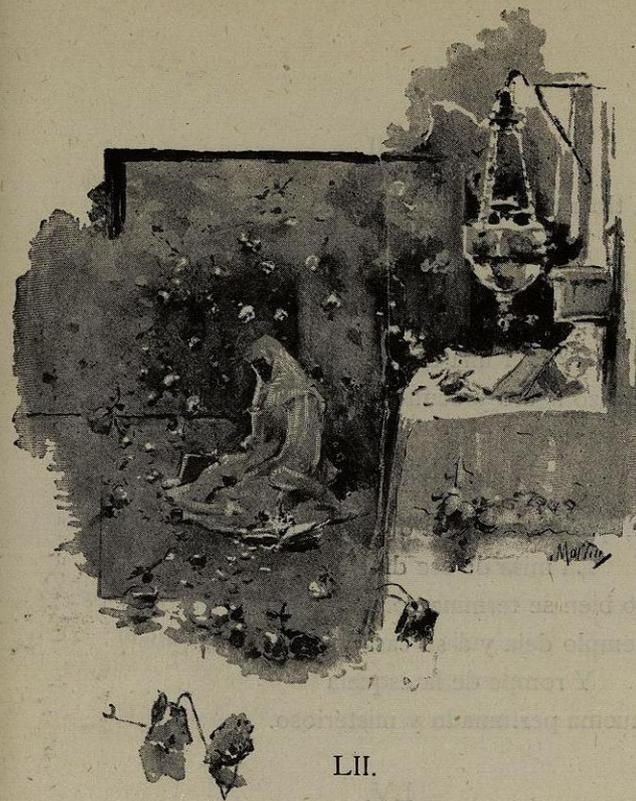
El alma en la mirada reconcentra,  
Y procura y encuentra  
Fulgurantes y límpidos los ojos  
De Magdalena, y grata una sonrisa  
Que dibuja indecisa  
Plácido amor entre sus labios rojos.

L.

Y así se pasan uno y otro día;  
Ella en la celosía,  
Ardiente, apasionada, insaciable;  
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,  
Al delirio entregado  
Del éxtasis más puro é inefable.

LI.

Ahoga Magdalena en su demencia  
La voz de la conciencia;  
No lucha más; cesó el remordimiento,  
Y á la encantada luz de sus amores  
Ve cubrirse de flores  
El obscuro recinto del convento.



LII.

Un mundo de placer halla en sí misma;  
Se confunde y se abisma  
En la imagen del hombre que es su sueño,  
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,  
Mirarle entre sus brazos  
Es su sola ambición, su solo empeño.

## LIII.

Una tibia mañana, y cuando apenas  
 Tranquilas y serenas  
 Las luces de la aurora iban brotando,  
 El doncel, que del coro no se aparta,  
 Ve caer una carta,  
 Que alzó ligero y ocultó temblando.

## LIV.

¡Con qué impaciencia que termine ansía  
 La misa de ese día!  
 Y no bien se termina, presuroso  
 El templo deja y á su casa vuela,  
 Y rompe de la esquila  
 El nuema perfumado y misterioso.

## LV.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,  
 Aurora de mi cielo  
 —Dice la carta—el vértigo me ciega;  
 En vano lucho por buscar la calma;  
 Ven á obtener la palma  
 De esta mujer que á tu pasión se entrega.

## LVI.

No vaciles, no temas: de este abismo  
 Arráncame tú mismo;  
 En esta noche y al sonar la una,  
 Por la tapia que mira al Occidente  
 Escala, que impaciente  
 En mis brazos te aguarda la fortuna.

## LVII.

Feliz te seguiré; por ti desprecio  
 Cuanto en el mundo necio  
 Empeño ardiente ó ambición inspira.  
 Nada, contigo, nada me acobarda;  
 Ven presto, que te aguarda  
 No Magdalena ya, sino tu *Elvira.*»

## LVIII.

En un inculto, abandonado huerto,  
 Pavoroso y desierto,  
 Que enmarañada envuelve la maleza  
 Y que pendiente y elevado muro  
 Le sirve de seguro,  
 Dando al convento linde y fortaleza,

LIX.

Aquella noche y al sonar la una,  
Y cuando ya la luna  
Pálida y al ocaso se avicina,  
Leve rumor se escucha y, cautelosa,  
Una sombra medrosa  
En la vaga penumbra se adivina.

LX.

Es Magdalena: con febril empuje,  
La maleza, que cruje,  
Rompiendo va para llegar ligera  
Hasta el pie de la tapia, y palpitante  
El anhelado instante  
Allí, temblando, entre la sombra espera.

LXI.

Dejó ya la sagrada vestidura,  
Símbolo de clausura;  
En negro manto su belleza envuelve;  
Que ya de su pasión el desvarío,  
En su anhelar impío,  
A romper con el cielo la resuelve,



## LXII.

El profundo silencio de aquel huerto  
 Turba tan sólo, incierto,  
 El aire leve, con sus vagas ondas  
 Trayendo el eco de rumor lejano,  
 Ó sacudiendo ufano  
 De la arboleda las movibles frondas.

## LXIII.

La luna en el ocaso se sepulta,  
 Y entre la sombra, oculta  
 Magdalena impaciente y esperando,  
 De súbito se yergue y se estremece;  
 Que su amante aparece  
 El altísimo muro coronando.

## LXIV.

Cuelga el doncel la movediza escala;  
 Pero torpe resbala  
 En el musgo su planta, y desprendido,  
 Llevando en pos de sí la yedra rota,  
 El pavimento azota  
 En inerte cadáver convertido.

## LXV.

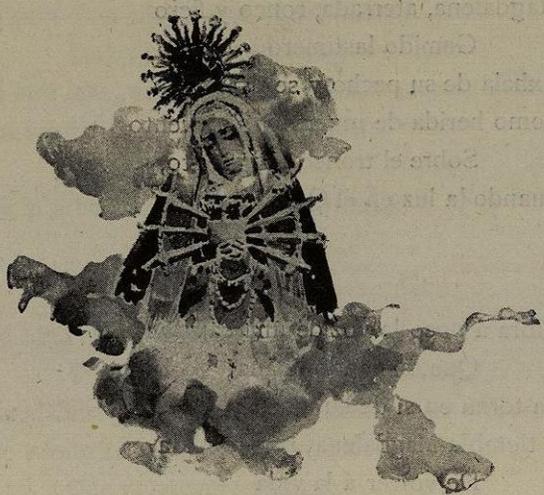
Magdalena, aterrada, ronco y fiero  
 Gemido lastimero  
 Exhala de su pecho y se desploma,  
 Como herida de muerte y sin aliento  
 Sobre el tronco sangriento,  
 Cuando la luz en el Oriente asoma.

## LXVI.

Vibra á poco la voz de una campana,  
 Que, sonando lejana,  
 La torna en sí de su mortal letargo,  
 Y tiembla Magdalena, sorprendida  
 De volver á la vida  
 En tanto duelo y trance tan amargo.

## LXVII.

Tímida en derredor mira y se espanta.....  
 La cabeza levanta.....  
 Errantes vagan sus turbados ojos.....  
 ¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto  
 Ni del amante muerto  
 En sus brazos oprime sus despojos.



LXVIII.

Es aquella su celda, aquel su lecho  
    Incómodo y estrecho;  
Su mesa y su sitial de tosco encino,  
Y el cuadro de la imagen de María,  
    Difundiendo alegría  
El resplandor de su mirar divino.

LXIX.

Y todo lo contempla absorta, muda,  
    Y la espantosa duda  
Se agita en su cerebro y la sofoca;  
Siente que débil la razón le falta,  
    Y de su lecho salta  
Delirante, turbada, como loca.

LXX.

En la celda la luz de la mañana  
    Por la estrecha ventana  
Se desliza apacible: Magdalena,  
De la duda tenaz en el empeño,  
    Pensando que es un sueño,  
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

LXXI.

Él debe estar allí: ella le busca,  
    Y su razón se ofusca,  
Porque ni está, ni llega, y terminada  
La santa ceremonia, ya la gente  
    Se aleja lentamente,  
Y llora la infeliz atribulada.



## LXXII.

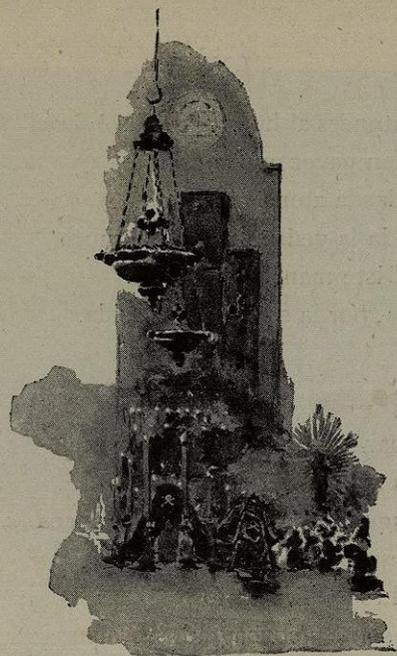
Vuela entonces al huerto, y allí observa  
Con pavor que conserva  
Sus pisadas la arena removida,  
Destrozada la yedra, y junto al muro  
Triste manchón obscuro  
De hierba, por la sangre enrojecida.

## LXXIII.

En espantosa confusión no acierta  
Si soñando ó despierta  
Está en aquel instante, y dan entonces  
De la iglesia en el alto campanario  
El toque funerario  
En triste son los consagrados bronce.

## LXXIV.

De allí se aparta vacilante y ciega,  
Y cuando al templo llega  
La dicen que la víspera en un duelo  
Álvaro sucumbió; que del convento  
Bienhechor opulento  
Sus plegarias por él levante al cielo.



LXXV.

Pocos años después aún se veía  
Al despuntar el día,  
Tras la reja del coro arrodillada,  
Semejante á fantasma silenciosa,  
Humilde religiosa,  
Muda, pálida, triste y demacrada.

LXXVI.

Era Sor Magdalena; su existencia,  
Por oculta dolencia  
Sin tregua ni descanso combatida,  
Se agotaba fugaz, sin el consuelo  
De explicarse en su anhelo  
El terrible secreto de su vida.



ÍNDICE

# ÍNDICE

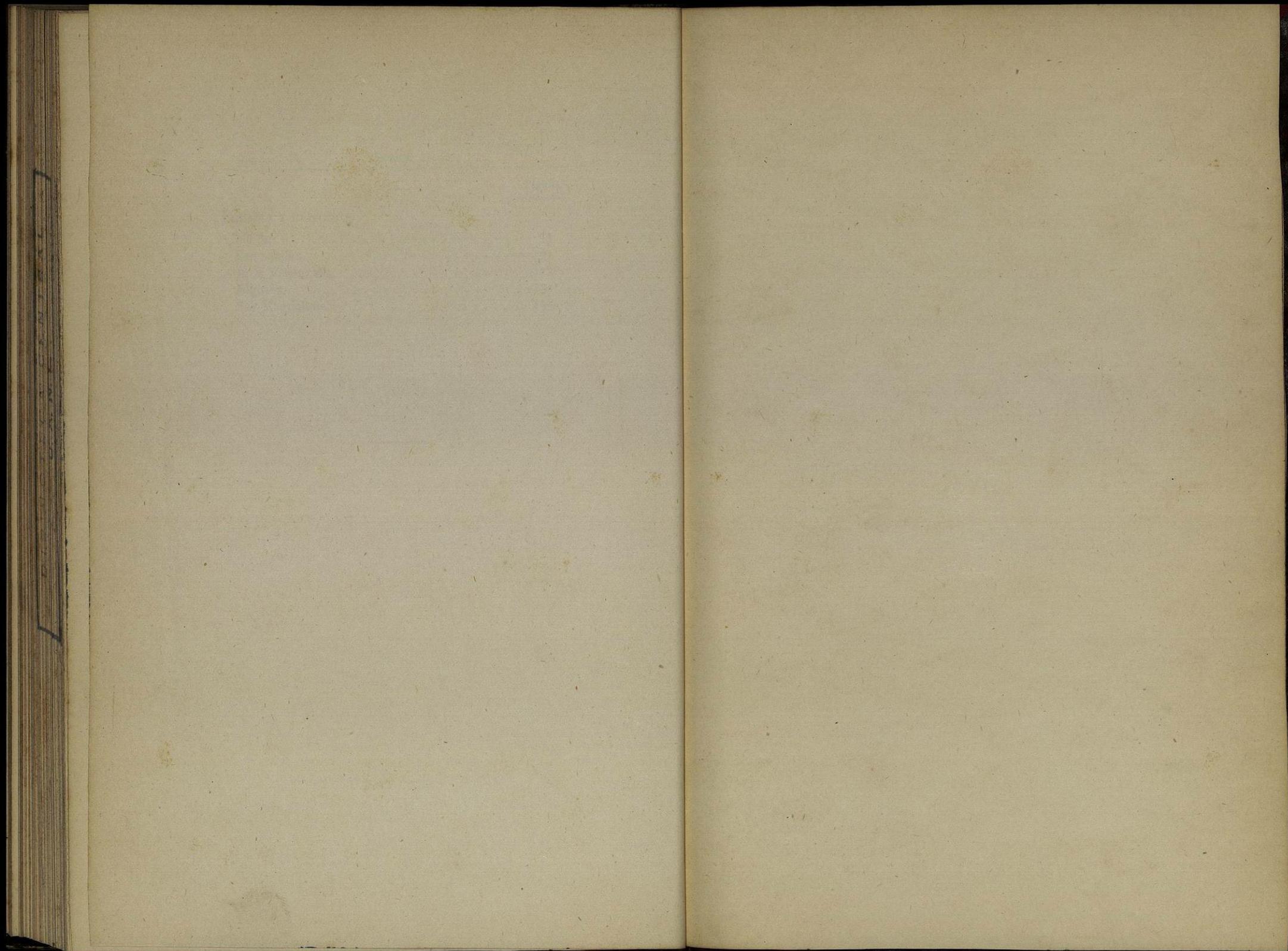
Páginas.

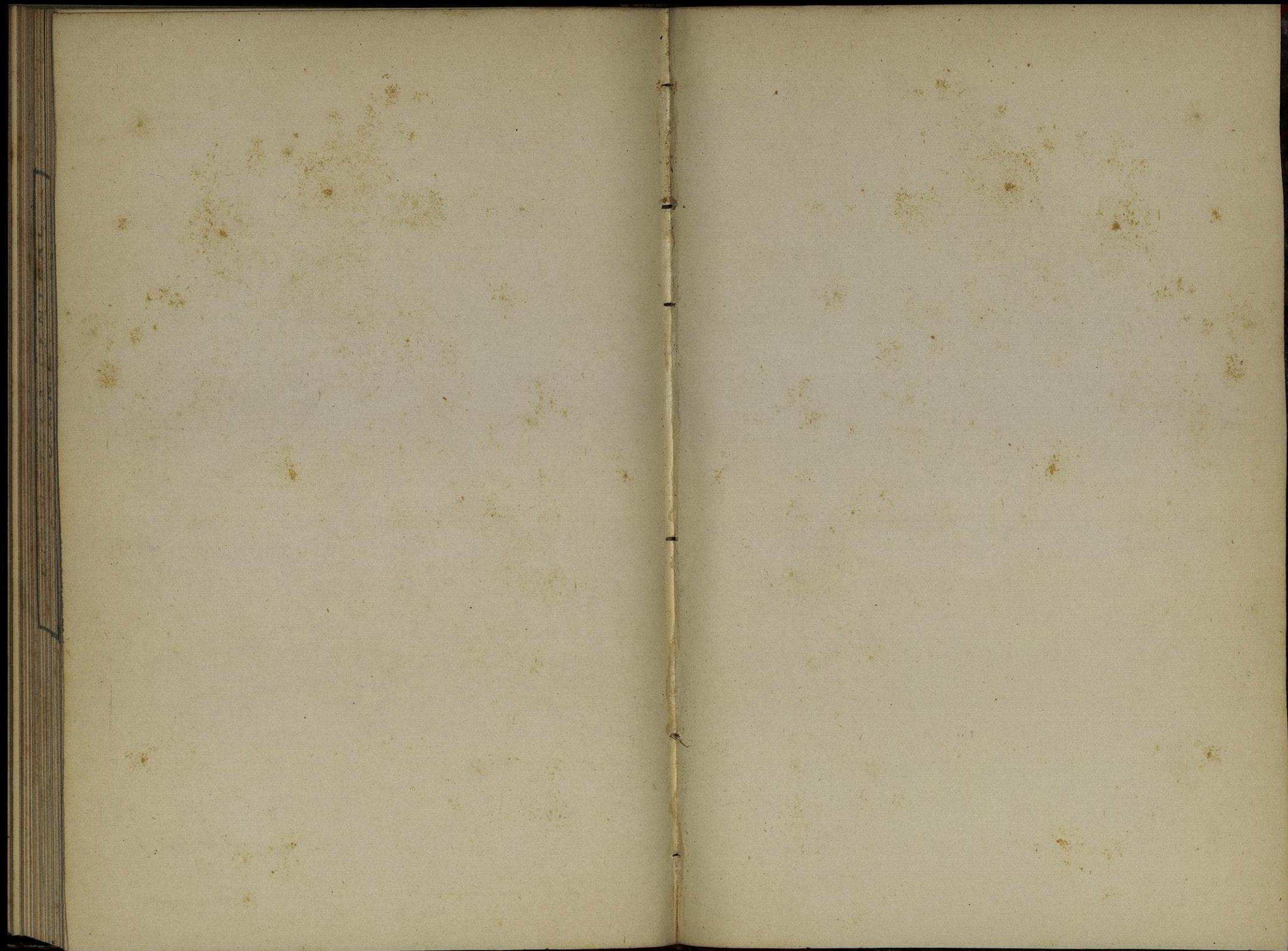
## ESTROFAS

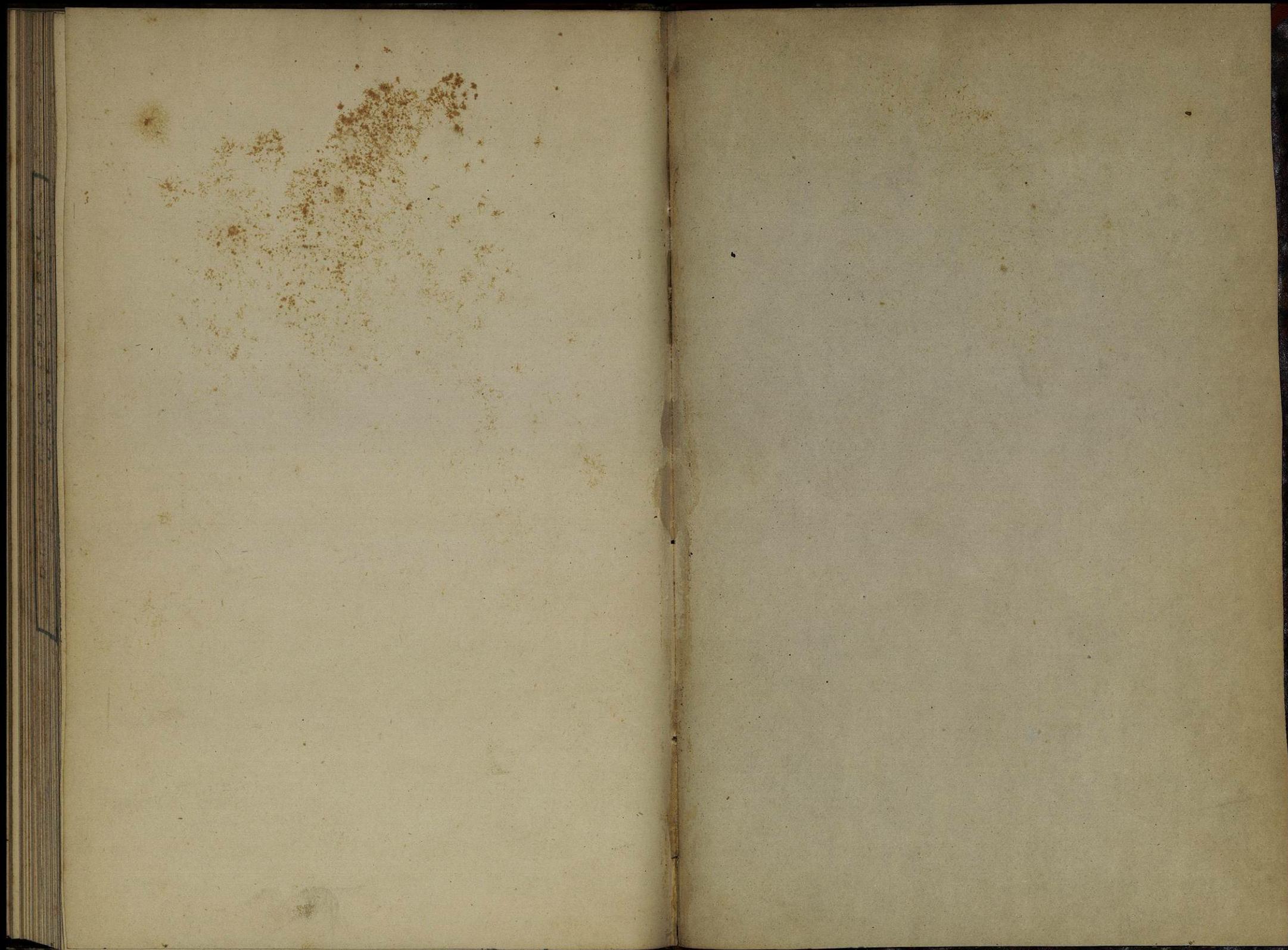
• Á mi madre . . . . .	7
• El alba . . . . .	9
• El mediodía . . . . .	12
• La tarde . . . . .	15
• La noche . . . . .	18
• La vejez . . . . .	22
• Idilio . . . . .	24
• La siesta . . . . .	27
• Las golondrinas . . . . .	32
• Un recuerdo . . . . .	34
• El Escorial . . . . .	38
• La campana . . . . .	40
• Duda y fe . . . . .	42
• La moral . . . . .	44
• Hoy . . . . .	46
• Á media noche . . . . .	48
• Amor . . . . .	50
• Alborada . . . . .	56
• La gloria . . . . .	60
• Al viento . . . . .	61
• La veleta . . . . .	63
• Epístola . . . . .	65

## POEMAS Y EPISODIOS

· La flor . . . . .	73
· Lorencillo . . . . .	91
· Juan Venturate . . . . .	113
· Bigotes . . . . .	131
· Sor Magdalena . . . . .	155







PQ7297  
•R46  
M5

CAP.

17091

AUTOR

**RIVA PALACIO ,Vicente**

TITULO

2393



